



LAS ENFERMERAS

Por Juan José Hormigo Bautista.

1



El edificio rojo de cuatro plantas se divisaba erguido, majestuoso sobre los tejados de las edificaciones colindantes más bajos que el hospital. Era mitad civil mitad militar, pues al cerrar el ejército el hospital que poseía, también los militares iban a sanarse al HOPVA (Hospital Provincial de Valencia). Y en aquel establecimiento de esperanza y sufrimiento trabajaba Natalia de enfermera. La muchacha que no pasaba de los veintes, tenía la cabellera como los dorados rayos

del sol, su cara muy blanca con algunas pecas salteadas que la hacían más bella estaba adornada por una nariz recta, ojos azules y dientes marfilados, brazos torneados al igual que sus piernas que terminaban en un diminuto pie calzado graciosamente con las zapatillas de uniforme.

Natalia no era valenciana, aunque trabajaba en el hospital de la ciudad, era extremeña, había nacido en un pueblecito de la fronteriza provincia de Badajoz, en las vegas bajas del Guadiana... Sus rojos labios siempre estaban prestos a emitir una alegre y cándida sonrisa a todo el mundo. Lucía con mucho garbo su blanco uniforme, Ese uniforme tranquilizador de enfermos que tanto gusta a los internos, y en su cofia lucía la cinta azul de su empleo y grado.

Natalia no fue al HOPVA a ser enfermera, su oficio era más sencillo aunque también preciso y necesario, llegó recomendada por un médico de su pueblo al director del hospital para limpiar las salas de los enfermos, y lo llevaba con tanta ilusión y denuedo que jamás defraudó a su paisano, ya que al poco tiempo de estar trabajando se granjeó la simpatía, de todo el personal del Centro, y de los enfermos y enfermas que esperaban salir de allí completamente curados.

Por su buen hacer y su comportamiento la hicieron a gusto de todos jefa del equipo de limpiadoras, pero a pesar de que estaba a gusto con su cargo y era apreciada por todos, ella aspiraba a ser enfermera., porque su meta y su ilusión era llevar consuelo esperanza y amor a los desdichados

que en todas las salas permanecían con dolores y fiebres por enfermedad o accidente. Así se lo propuso al Director, que era hombre humano servicial y consciente. Pero para eso tenía que prepararse, estudiar y hacer practica con enfermeras consolidadas.

Así que se puso manos a la obra, y un día paseando por la ciudad del Turia cuando finalizó su trabajo, se acercó a una librería de libros usados pues los nuevos costaban mucho dinero y su economía no estaba para ello, y al viejo librero le preguntó si tenía algunos libros de tratado de enfermería o y medicina. El hombre buscó por las empolvadas estanterías y pudo encontrar algunos tan viejos que habían servido de orientación a las viejas enfermeras que un día curaron a los soldados que lucharon en Cuba y Filipinas , pero que le iban a dar un resultado excelente.

Después de finalizada su labor de limpieza, se encerraba en su piso que con otra aspirante alquilaron en la angosta calle de Santa Isabel donde se pasaban las horas estudiando vendajes, torniquetes, sueros y toda clase de instrucciones que aquellos viejos libros enseñaban. Para Natalia ser enfermera lo era todo.

En su pueblo jamás tuvo ocasión de nada, como sabemos nació y se crió en un pueblecito de Extremadura donde la única opción que tuvo fueron los rudos trabajos del campo, sembrando y recogiendo tomates y maíz cuando no segando trigo y trillándolo en la era, a pleno sol y con vientos de los cuatro puntos cardinales

Le había oído muchas veces decir a su tía Lucia, que se dedicaba a cuidar enfermos en una residencia de Badajoz que el placer más grande que sentía, era cuando llevaba la alegría y consuelo a las personas que habían perdido toda la esperanza de la vida, por alguna enfermedad incurable. Natalia había heredado por parte de su tía los mismos sentimientos el mismo instinto benefactor, por eso no se encontraba a gusto en su aldea y aspiraba a otros horizontes más útiles para la sociedad y sobre todo para los que sufren en sus carnes el martirio de la enfermedad, por lo que buscó la recomendación del Doctor Soriano amigo de la familia para que la colocase en Badajoz en uno de cualquier hospital de la ciudad; pero en la capital extremeña no existían plazas de lo más humilde, por lo que lo más cercano que podía colocarse era en el hospital de Valencia, bastante lejos de su tierra, pero como su ilusión era la que sabemos, una buena mañana tomo un tren expreso y en 24 horas se puso en la ciudad del Miguelete, donde se presentó al director con una carta de recomendación.

Su madre y toda la familia se opusieron a la marcha considerándola de disparate, pero Natalia aunque no era mayor de edad, entonces era a los 23 años la mujer, se empeño y no hubo razones que la convencieran porque también era terca tanto como guapa y sobretodo humana y caritativa. Y allí manejando cubo y bayeta estaba contenta esperando que se produjera una vacante y poder ella ocupar el puesto de auxiliar de enfermera.

2

Por fin se produjo la esperada vacante, de auxiliar. Una vieja "palomita" había cumplido la edad reglamentaria para el retiro y dejó libre su puesto, después de más de 30 años de servicio entre enfermos y lisiados, y aquel puesto lo iba a cubrir nuestra amiga Natalia. Aquí se ve que el que o la que trabaja y lucha consigue lo que le gusta o lo que quiere, en este caso lo que le gusta. No fue solo ella la que se presentó a la convocatoria, fueron

15 más todas preparadas y jóvenes, pero ella no por recomendación sino por capacidad y estudios sacó un sobresaliente, dejando a las otras con un notable. Había conseguido su ilusión, Por lo que la *alegría* que sentía era infinita, y así se lo hizo saber a su madre y amigas en una extensa carta que le escribió

- ***Madre hoy estoy contentísima, he logrado aprobar el curso de auxiliar de enfermera y pronto llevare alegría y esperanza a los enfermos de este hospital, también tengo amigas que me ayudaran, me veras en una foto vestida de enfermera eso que tanto me gusta, espero que recibas esta carta con alegría y no llores porque yo estoy muy bien. Recuerdos para Isabel y para María y para todas mis amigas, besos para mis hermanos y mi padre y la tía Lucia y cuando vaya de permiso os llevare algo a cada uno,. No quiero que sufras ahora que yo estoy contentísima. Me diréis como va la cosecha de tomates y maíz y como esta el tiempo por ahí, aquí como siempre con mucha calor algo pegajosa, sin mas se despide su hija que no la olvida ni un momento Natalia.***

3

Dos días después del examen caminaba por los pasillos del HOPVA, cargada de botellas, jeringuillas termómetros y todos los artilugios hospitalarios, con su franca y abierta sonrisa mostrando sus encantadores e iguales dientes a todas las personas del hospital. Era muy feliz en aquel mundo y sobre todo cuando algún paciente recobraba la salud y era dado de alta, y cuando abandonaban el lugar de los martirios y la esperanza, ella, los colmaba de tiernas palabras y le regalaba cualquier objeto para que siempre se acordaran de ella.

Muchas veces Natalia mentía, eran mentiras piadosas que hacían felices a los desdichados que tenían perdidas las esperanzas de salir de aquellas salas por su pié. Y con su dulzura, su tensón y su buen hacer surgieron los comentarios de alabanzas

1. ***Es un ángel; sin ella la estancia aquí en estas salas frías y tristes sería insoportables. Tiene un corazón de oro, nunca se le ve cansada ¡Cómo ella pocas!***

Alabanzas como estas y otras se oían por todas las salas a los enfermos y enfermas del gran hospital. Y ella las escuchaba sin vanidad ni alarde ninguno, sino como una obligación lo mismo que la obligación de administrar el suero, pinchar las inyecciones o colocar termómetros entre otras cosas propias de la profesión...

También las compañeras de Natalia eran buenas profesionales, eficaces en su trabajo pero no poseían el don de la simpatía y la abnegación de ella. Eran olvidadizas a veces no querían oír las impertinentes llamadas que hacen los enfermos por cualquier banalidad, sin, embargo nuestra enfermera siempre estaba presta a acudir a la menor llamada. También Natalia era muy buena compañera entre todo el equipo de enfermeras y le tenía tanto amor al oficio, que cuando una compañera mostraba asco y

repugnancia, porque todas no poseían el mismo valor ni el estomago le admitía ciertas cosas propias de enfermos, como llagas purulentas, heces y otras cosas no muy agradables y asquerosas, ella lo sustituía si se lo pedía la compañera, y lo hacía contenta y sin poner reparo a lo que su compañera le solicitaba.

Y sin darle importancia ni asco le respondía,

-Bueno tú no te preocupes, yo voy, pero antes debías de haberlo pensado que esta profesión lleva esto consigo.

Y tanto curaba Natalia a los enfermos más difíciles de curar y que requerían mayor cuidado que ya ellos mismos reclamaban la presencia de la joven extremeña y no querían que fuese otra, a no ser que ella estuviese libre o permaneciera en otra sala curando a otros enfermos con más precisión

Y ellas le decían, es que siempre te reclaman a ti, pues parece que nosotras no sabemos curar nada más que tú ¿Tan mal lo hacemos? Y muchas veces cuando iban juntas los enfermos lo decían delante de ellas por lo que surgieron ciertas envidia hacia la persona de Natalia por sus compañeras

Y nuestra amiga le decía con su característica dulzura y simpatía, que las otras eran tan buenas enfermeras como ella o mejores, que no debían de desairarlas y menos delante de ella, pues ninguna lo hacía mal pues todas habían estudiado y hechos los correspondientes cursos.

-- Mal...no es que lo hagan—decía un enfermo, pero como tu ninguna, tus manos son de ángeles y tan suaves como la seda, - ruborizándose a las palabras de halago.

--Ni hablar, ellas valen tanto como yo, y no debéis de rechazarlas, tampoco yo puedo atender a todos los enfermos del hospital hay muchos y nos tenemos que repartir el trabajo, y entonces a estas palabras callaban y aceptaban a otras pero no muy conformes-

Y aunque todas se llevaban bien, la preferencia por ella iba causando cierta envidia y también por parte de algunas una antipatía camuflada hacia Natalia. Pues es verdad que a todo el mundo nos gusta que nos alaben y que sienten predilección por nosotros en cualquier oficio o carrera.

4

En una vieja buhardilla del populoso barrio de Sagunto vivía Natalia en unión de su compañera e íntima amiga Amelia. Esta muchacha Amelia, era enfermera más que por estudios por recomendación, y aunque a todas le debía favores era a nuestra dulce amiga a la que más le debía, no solo profesionales también persona personales Amelia llevaba muy mal la profesión, tenía poco espíritu y ningún entusiasmo, ella había nacido para otra cosa lo que sucedía es que lo que a ella le gustaba no estaba a su alcance tan fácilmente, por eso aceptó ser auxiliar de enfermera para tener un puesto de trabajo. Todo lo peor se lo dejaba a su amiga Natalia, y buscaba cualquier pretexto para no realizar el trabajo que le correspondía, pero ahí estaba la extremeña como cariñosamente le decían a veces para suplirla en lo más asqueroso de la profesión.

Esta muchachita que también era bella había nacido en Valencia y era huérfana de padre y madre, contaba con veinticinco años de edad y gracias a varias recomendaciones de las monjas donde estuvo internada

logro colocarse con un examen muy bajo en el hospital. No ocupo otro cargo fue directamente a ser auxiliar de enfermera, siempre bajo alguna otra profesional hasta que se desarrollara sola pero cuando llegó siempre buscaba la ayuda de otra, era incapaz de valerse sola y , aunque ya le concedieron dicho título era tan inepta en la profesión que temían dejarla las mismas compañeras que realizara nada sola.

Era como hemos dicho muy guapa, delgadita con su cara sonrosada sus brazos torneados y sus piernas rectas y muy acompasadas, la boca chiquita y los dientes blancos e iguales así como sus encantos pectorales muy acompasados a su delgadez y estatura que era más bien alta

Un día en la buhardilla donde charlaban de sus vidas anteriores y se contaban su triste historia la valenciana le comentó a la extremeña.

--Hay que ver el enfermo de la habitación 132 lo que se queja y no tiene nada lo que molesta me tiene acosada.

Natalia la miró sonriente y le dijo.

-No te preocupes, si tú no te atreves a curarle yo lo haré, iremos las dos, ya sabes que a don Guillermo el médico no le gusta que le den quejas y menos en la dirección de nosotras. Y eso de que no tiene nada son figuraciones tuyas, el pobre se halla muy enfermo,

- ¡Que buena eres Natalia! Yo quisiera ser como tú, pero no puedo aunque lo intento, no sirvo para esto, estoy porque no tengo otra cosa a la vista en cuanto me salga algo y si puede ser lo que tengo entre ceja y ceja me voy de aquí. ¡Ojalá que sea pronto!

-No siempre tenemos lo que nos gusta Amelia; pero yo no soy mejor que tu y ni que nadie, me gusta esto y por eso estoy aquí, -

-A mi Natalia me gustaría ser bailarina o mujer de teatro es tan gratificante divertir a la gente hacerlas reír y al mismo tiempo divertirme yo también, no aquí entre enfermos contagiosos sangre pus y otras cosas desagradables.

-Natalia se quedó un rato pensativa luego dijo.

-También nuestra profesión lleva alegría la gente y mas a los que con mayor motivo la necesitan como son los enfermos terminales , y los graves que se le da esperanza de vida, no solo con las curas también con palabras de consuelo, aliento y esperanza.

-Sí con mentiras piadosas, la verdad yo no valgo para eso Natalia.

5

El día que ingresó Andrea en el hospital aquejada de una fuerte infección pulmonar y fue alojada en la habitación 243 estaban de guardia Natalia y Amelia. Andrea era una cupletista de tercera y ya apenas actuaba por su avanzada edad. En su juventud debió de ser muy guapa, pero el alcohol, el tabaco las noches en blanco y las juergas habían ajado considerablemente su rostro-

Aquel día entre la extremeña y la valenciana después de las curas y descansando en sus cuartos mantuvieron este dialogo.

- De verdad Natalia-decía Amelia que si yo pudiera ser como la enferma Andrea, eso sí que me gusta, que me aplaudan, viajar por todas las ciudades europeas, que te llevan los hombres importantes ramos de flores al camerino, en fin todo lo que sea figurar me llenaría de dicha; pero esto de ser enfermera es un asco. Además ¿sabes? Yo no canto mal, cuando niña me encantaba cantar y la gente que pasaba por mi puerta se paraban al oírme de lo bien que lo hacía.

Natalia como siempre le sonreía; no quería defraudarla en sus ilusiones pero también era su deber aconsejarle, Amelia no era muy responsable como sabemos ni obraba con acertado juicio por eso le dijo.

-Escucha Amelia, veo bien que te guste la carrera de artista pero también tiene sus inconvenientes. Esas artistas y famosas que todos los días estrenan vestidos lujosos y joyas caras perfumes y van de fiesta en fiesta ¿Me puedes decir que utilidad le dan al prójimo, a sus semejantes a los pobres? ¿Qué hacen por los demás? Carecen de sentimientos de escrúpulos de moral, y solo les importa el dinero y casi todas terminan en el hospital joven o en la cárcel o en otro sitio peor si algo peor que la cárcel, no sé si me entiendes si no te lo digo claro en un prostíbulo. Aquí en el hospital donde se quejan los pacientes de todos los males, nosotras que no somos famosas, ni estrenamos todos los días vestidos ni joyas, somos el consuelo y la alegría la esperanza y la mano que acaricia su frente, nuestras palabras le llenan de felicidad dentro de la gravedad que padecen muchas veces un rato de charla le reconforta más que cualquier medicina contra el dolor. La que ha ingresado hoy llamada Andrea, está aquejada de una cirrosis hepática grave, por el exceso de alcohol y noches malas de ciudad en ciudad en trenes o autobuses sin un descanso apropiado, ¿de qué le ha servido el dinero? de nada porque ahora ha venido a un hospital sino de pobre de la provincia donde hay de toda clase social, en fin tu eres mayor de edad y sabrás lo que te conviene.

Amelia escuchó estos consejos. Pero la verdad es que no le sirvieron de nada, no hicieron mella en el espíritu de la valenciana, su obsesión era poder ser famosa, artista cupletista, lo que fuera que le proporcionara dinero y sobretodo fama. Por eso le pidió a Natalia que la dejara con Andrea, que ella se encargaría de administrarle las medicinas pertinentes que el médica le recetara, así como todo lo demás, si se viera apurada no dudaría en recurrir a los servicios de su amiga o de otra enfermera que estuviese de servicio, pero sobretodo de nuestra amiga Natalia..

Como es esperar a los pocos días se hicieron Andrea y la enfermera valenciana amigas, y mientras le suministraba las curas o le ponía el termómetro, el gotero y las medicinas recetadas, la famosa le hablaba de sus actuaciones en Madrid y Barcelona,, de Londres y Paris, y aseguraba haber debutado en Buenos Aires y Nueva York, asegurándole que ella había sido estrella principal.

La incauta Amelia soñaba despierta que estaba cantando en escenarios importantes como Roma o Milán, sin pensar que Andrea le mentía para darse importancia. Porque la cómica jamás había actuado en teatros de importancia, solamente en ciudades pequeñas y pueblos grandes, y muchas veces fue abucheada por salir casi o del todo embriagada. Era cupletista y sus cuplés eran copiados de Raquel Meller, y como hemos dichos actuaba en pueblos o barrios bajos muchas veces en algún cabaret o taberna, a veces también en pueblos no muy importantes y perdidos en cualquier provincia española. Andrea no estaba retirada del todo, cuando saliera del hospital continuaría sus jiras con la compañía que ahora se encontraba en Albacete, ya no de primera ni segunda estrella, pero si apta para reclutar a jóvenes para su empresa., era embaucadora , la troupe necesitaba carne joven y fresca como la de la enfermera. Amelia fraguaba por dentro su sueño le llegaba su oportunidad, y como la cupletista le decía que ella valía para el teatro, para el cuplé ya que según ella cantaba muy bien, podía si quería cuando le dieran el alta irse con ella que le aseguraba entrar en la compañía ya que ella y el dueño de la empresa eran íntimos amigos. ¡Ay i si lo llega a saber, pero los ojos no se abren hasta que no ocurren las desgracias y los fracasos.

6

Aquel día era domingo y Natalia iba a experimentar otro cambio en su vida, aunque muy distinto al de Amelia. Tenían el día libre, las dos ya que

trabajaban en el mismo turno,. Era un día apacible soleado de esos que tanto abundan en Valencia por la primavera y casi todo el año, y acordaron ir a pasear por los frondosos y tupidos jardines de los Viveros, pulmón valenciano con muchas plantas y flores, de setos verdes y coloridos arriates, muy romántico todo, sobretodo el rincón de los poetas, donde no pocos rapsodas se han inspirado al murmullo de sus cantarinas fuentes, remanso de paz y amor.

Natalia respiraba el aroma de las plantas y le decía a Amelia.

-Me recuerdan estos jardines los campos de mi tierra, por el aire puro y buenos olores que se respira.

-i Qué bonito debe de ser el campo de tu tierra, cuando lo comparas con la fragancia y majestuosidad de los jardines más bonitos de España.- le respondió Amelia orgullosa de ser de aquella ciudad que con tanto esmero cuidaba sus jardines..

-Bueno, Amelia esto es más fino mar romántico mas... no sé cómo decirte, pero los campos de Badajoz son muy bellos, sus encinas y alcornoques la dehesa, y ahora los regadíos de la vega del Guadiana, en fin ya sé que Valencia es bonito y sus campos ricos pero... mi pueblo pequeñito allá lejos. Sus campos en primavera de llenan de colorido, rojo de amapolas entre trigales, margaritas blancas y amarillas en los ribazos me emociona recordarlo, en fin encantador, si quieres cuando coja vacaciones te invito, a pasar unos días.

- Pues sí, me encantaría y salir del hospital donde solo huele a fenol, yodo, pus y sangre . Te cojo la palabra, si para entonces sigo de enfermera.

Paseaban y como era domingo el parque se lleno de niñeras con los niños jugando por los paseos y explanadas libres de plantas. Hombres mayores jubilados tomaban el sol sentados en los bancos de hierro fundido, algunos leían el periódico de la mañana, iban llegando soldados uniformados buscando a las niñeras y criadas que paseaban lentas y buscando compañía. Pronto se emparejaron soldados y niñeras mientras los niños jugaban inocentes a las canicas o el diábolo o con una pelota de goma.

Amelia y Natalia, también paseaban despacio sin prisa disfrutando de la hermosa mañana que les brindaba la naturaleza o Dios. De frente se acercaban tres jóvenes correctamente vestidos de paisano, Llegaron a su altura.

-Perdonen señoritas- se dirigió uno a Natalia...

-Usted dirá caballero- le respondió nuestra enfermera, se puso en guardia se figuraba lo que quería aquel hombre vestido con sombrero y traje del mismo color con camisa blanca y corbata roja.

-Yo la conozco de algo- dijo mirándola fijamente aunque no a los ojos.

1. Pues yo de nada- le respondió Natalia secamente.

El joven que tendría unos 23 o 24 años se azoro, y se puso rojo a la seca respuesta de su interlocutora.

Perdón si la he molestado. No era esa mi intención- se disculpó con palabras muy suaves y quedas. Los amigos no se pararon y continuaron su paseo. Quedaron solos Natalia, Amelia y el joven. La enfermera se dio cuenta que no había obrado bien con aquel muchacho que en nada la había ofendido y fue ella ahora la que se disculpó.

-Perdón caballero, es que a veces algunos buscan cosas creyéndonos mujerzuelas, y nosotras de eso no tenemos nada. Sé que le he contestado mal y vuelvo a pedirle perdón.

.No tiene usted que pedirme perdón, el caso tampoco es para eso. Pero ya que parece ser que nos entendemos solo quería preguntarle si es enfermera en el provincial, pues me parece

haberla visto en ese hospital hace dos días cuando fui a visitar a una enferma amiga mí llamada Andrea, una cupletista que se halla ingresada por una enfermedad hepática o renal, y creo que eran ustedes las que salían de su habitación, por cierto antes de que ustedes entraran estuvimos hablando de lo bien que llevan el trabajo de enfermeras y de lo buenas que son en todos los factores de la vida, sobre todo para los pacientes, comparándolas mejor que a madres.

A Natalia le molestaban tantas alabanzas a ella y ninguna para las compañeras, porque esto daba lugar a envidias innecesarias, además cada una es como es, y también sus compañeras hacían lo que debían hacer y les exigía el reglamento y la administración del hospital. ; Por eso respondió-

-Yo a lo mejor soy más zalamera y mentirosa pero por lo demás todas valemos iguales,

-Yo conozco mucho a su amiga- intervino Amelia- soy la que la curo casi siempre menos cuando estoy libre—estaba ansiosa por intervenir y como se trataba de la cupletista quiso meter baza para ver si el joven del sombrero gris la conocía a fondo. Este le respondió sin apenas mirarla.

-¡Ah , si i muy bien me alegro mucho. Es muy buena., al menos eso creo yo.

El admirador de Natalia no tenía muchas ganas de conversar con la aspirante a cupletista, ya que se lo dijo con poco entusiasmo y menos simpatía. Mientras esto diálogos transcurrían entre los tres, los amigos volvieron de la vuelta al paseo y llegando otra vez a su altura dijeron-

-Nos marchamos Arturo. Aunque es domingo debo de estar en el cuartel antes de las dos. Hoy me toca guardia, mañana la tienes tú.

Por estas palabras las dos enfermeras supieron que aquellos hombres aunque de paisano vestidos eran militares, lo que no sabían era su graduación, pero no era esto lo que le importaba a nuestra querida enfermera, lo que le entro por su corazón y alma, fueron los modales de aquel hombre, su gallardía, su apostura y buen mozo, alto y rubio pues aunque llevaba el sombrero por debajo se veían mechones de pelo rubio perfectamente recortados al estilo militar de la época... Jamás sintió un deseo tan vehemente de seguir hablando con aquel hombre, se encontraba a gusto y no quería que se fuera la mañana para seguir el dulce diálogo con él. Enseguida lo comprendió. Cupido había lanzado la flecha del amor y se había clavado en su corazón ¿Una corazónada? Puede... pero allí surgió el amor no solo de ella, también el militar sintió la mordedura dulce del amor en su alma hacia aquella rubia muchachita, que la vio por vez primera de uniforme blanco como la nieve, con el carrito de curar a los enfermos que se hallaban postrados de sus dolencias. Aquel amor aunque también amor, era muy diferente a los que sentía por sus enfermos. Era amor especial, amor de mujer que está dispuesta a seguir al hombre casarse con él y formar una familia, tener hijos y vivir intensamente en paz y felicidad hasta que la muerte los separe. Casi lo mismo que ella pensaba el militar.

Se miraron a los ojos con miradas tiernas. El soldado también tenía que marcharse ya, pues la vida militar es exigente y se lo exigía.

-Natalia, este es tu nombre ¿no Se dio cuenta que la tuteo y quiso rectificar, pero ella con una dulce sonrisa le lo impidió

-Me tengo que marchar pero me voy con la esperanza e ilusión de volvernos a ver.

-Claro Arturo- ¿No te llamas así? Y por respuesta una sonrisa.

Aquel joven , militar que ya sabemos que contaba 24 ó 25 años, era oficial teniente por más señas destinado en el Regimiento de Infantería La Reina, ubicado en el paseo de la Alameda no muy lejos del hospital donde Natalia ejercía de enfermera.

Era hijo de militar. Y optó por la carrera de su padre, aunque pido estudiar otra civil menos arriesgada y más lucrativa, pero era un patriota nato y la Patria para él era una cosa sagrada.

No hacía mucho que había finalizados su preparación en la Academia General de Zaragoza, y sacar una excelente nota por lo que pudo establecerse en su ciudad y en el Regimiento que le gustaba... Como ya habrá adivinado el lector o lectora era de estado soltero y como se suele decir sin compromiso, y cuando estaba franco de servicio frecuentaba las salas de fiesta y otros lugares de ocio, más o menos recomendables, junto a sus compañeros de graduación y algún sargento joven como ellos, despejándose así de la monotonía del cuartel. En un teatrillo de barrio conoció a Andrea, que actuaba de cupletista, aunque ya estaba algo tocada de sus riñones y pulmones, ajada que el exceso de pintura no lograba borrar los surcos que el tiempo aró en su cara.

Andrea no lo hizo mal del todo aquella noche, estaba inspirada y se ganó algunos aplausos, una vez finalizado el espectáculo Arturo pidió licencia para conocer a Andrea en el camerino, le cayó simpática y quería charlar con ella. Total que después de conocerse y cambiarse de vestido la cómica y Arturo se fueron a pasear por la ciudad y estuvieron toda la noche de cabaret en cabaret y "conociéndose" en las salas reservadas y oscuras. Resultando que los dos intimaron y se hicieron muy amigos.. A Andrea le encantaban los militares, pero con estrellas y aquel apuesto muchacho lucía en el antebrazo dos de seis puntas-. Y desde entonces surgió la amistad. Pero la enfermedad de Andrea que ya la tenía desde tiempos atrás, se agravó pocos días después de la entrevista con el teniente y tuvo que ser ingresada de urgencia en el HPVA, donde como sabemos trabajaba Amelia y Natalia y otras palomitas mas, . Arturo la visitaba casi a diario, y veía como evolucionaba la artista, aunque solo era pura amistad más tarde se convirtió en compasión por aquella desdichada, marcada por los vicios y una vida licenciosa y poco apta para personas decentes-

Ya sabemos que fue en el hospital donde vio Natalia por primera vez, encontrándola tan dulce y atractiva, que se enamoró de ella, aunque fuese la confirmación en los jardines de los Viveros. Natalia pasó desapercibido, tantos hombres visitaban enfermos en el hospital que no se fijó en él. Pero una vez hablando ya sabemos lo que ocurrió...

8

El teniente Arturo era hijo de un coronel y de una encofetada madrileña de la aristocracia. Su padre gozaba de gran prestigio en Valencia, entre todas las autoridades civiles y militares. Más de una vez habíase entrevistado con el Jefe del Estado de aquella época, que lo mandaba a llamar para que ocupara un cargo en la Casa del Pardo, pero nunca lo aceptó, porque le gustaba más su ciudad, aunque mucho más pequeña y provinciana que Madrid, y por lo tanto se estableció en la capital del Turia al mando del Regimiento de la Reina, no con la complacencia de su esposa que prefería Madrid, donde era muy conocida por sus aristocráticas damas y aristocráticos caballeros. Ni que decir tiene que Arturo aunque sacó buenas notas en la Academia, su padre dejó de echarle un cable para que estuviese en su casa , pero lo dejaba libre consideraba que ya era hombre responsable y no se metía en sus juergas

y devaneos. Pero aparte de algunas de estas salidas a divertirse Arturo no era un muchacho calavera. En sus diversiones aconsejaba a sus compañeros, que eran casi siempre los que lo sonsacaba para estas orgías que el camino a seguir no era ese, y mucho menos para un caballero y oficial del Ejército, español.

Los otros se reían de él tomándolo a chacota y Arturo por no quedar en ridículo ni meapilas se entregaba a aquellos saraos y nocturnidades con cupletistas y cómicas de baja reputación, tanto en el arte como en la moral personal. Y como sabemos de esas juergas vino la amistad con la cupletista ajada y enferma Andrea.

9

Esta narración era sobre los años 47 del pasado siglo XX, y los huidos, que llamaban bandoleros y maquis en los pueblos operaban en contra del gobierno ganador de la guerra por todas las sierras de España. Eran los vencidos del frente Popular y del Ejército Republicano, que reorganizados en Francia atravesaban los Pirineos y se extendían por toda la Península, menos en Portugal. Otros surgían de los pueblos donde permanecieron escondidos por temor a ser descubiertos por la Guardia Civil o los falangistas y somatenes. Su misión era crear el desconcierto con sabotajes, secuestros y sobretodo atentar con las autoridades del gobierno actual, o sea el franquismo. Su objetivo principal era derrocar a Franco como fuera, ya que los aliados demócratas iban ganando la guerra a Alemania e Italia o Japón el eje fascista de aquellos años. Recibían consignas y armamento de los exiliados en Rusia principalmente, aunque también de Méjico y Francia. Descarrilaron trenes por el procedimiento del cuerno y con explosivos, cortando vías. Los que se escapaban del "paseo" como nefastamente le llamaban los ejecutores, también se echaban al monte con una escopeta de caza o algún naranjero que le proporcionaban sus camaradas.

No quiero entrar en polémica sobre si llevaban o no razón porque cada cual defiende su posición, mal unos y mal otros, mi repulsa a los dos bandos que cometieron asesinatos con personas inocentes... Pero esta no es la historia,; He citado esto porque en la novela es preciso citarlo.

Aquellos hombres eran constantemente por la Guardia Civil, que les hacían muchas bajas, aunque también la Benemérita sufrió las suyas que no fueron pocas. Pero la Guardia Civil no disponía de suficientes hombres para combatir a tanto maquis en todas las provincias españolas, por lo que fue preciso que tropas del ejército fuesen a combatir a los de la sierra codo a codo con la Benemérita o solos en algunos casos.

El Regimiento de la Reina fue uno de los elegidos para estas peligrosas misiones, y el teniente Arturo Romero uno de los voluntarios para esta misión. Ya hemos dichos que Arturo era valiente y muy patriota, al menos patriota ya lo hemos dicho, lo de valiente lo añadido ahora. Llevaba en la sangre el espíritu de lucha, creyendo siempre que era por una causa justa y necesaria, no quiere decir esto que fuera un matón pendenciero. Todo lo contrario. Hijo y nieto de militares y también biznieto era una estirpe militar desde muy antiguo, su bisabuelo luchó siendo capitán con los franceses en los disturbios de la Puerta del Sol de Madrid el 2 de mayo de 1808.

Así que una mañana temprano al frente de su sección el neófito teniente se vio envuelto en un intenso tiroteo. Los maquis nadie sabe porque los esperaban escondidos entre las peñas de la sierra de Chelva al norte de Valencia, Arturo reaccionó a tiempo y fue una lucha sin cuartel cruel sin compasión de nadie, los soldados de Arturo se defendían con bravura,

pero los maquis que no eran menos bravos conocían el terreno y dominaban mejor a los contrarios. Y aunque causaron varias bajas a los maquis, también los soldados caían bajo el mortífero fuego de los de la sierra, muchos murieron, un sargento. Un cabo y dos soldados cayeron para no levantarse jamás. La presencia de una sección de la Guardia Civil, puso en fuga a los que tenían dominado el campo de batalla, ya que los iban a rodear por ser un número bastante considerable de hombres uniformados. En la huida descargaron sus naranjeros contra los hombres del teniente Arturo en un arrebatado de rabia al no poder culminar su propósito de eliminarlos a todos. Una de las balas alcanzó al teniente en el hombro y otra en una pierna, cayendo al suelo manando sangre copiosamente. No eran las heridas mortales siempre que le cortaran la hemorragia a tiempo, uno de los guardias civiles, había hecho el curso de socorrismo, y llevaban vendas en la mochila, esperando ser heridos, pues no era la primera vez que esto ocurría y taponó la herida del hombro después de desinfectarla con yodo, en la pierna le practicó un torniquete, e inmediatamente fue trasladado en el camión de la Guardia Civil a Valencia, ingresando en el primer hospital que encontraron, que fue precisamente el HOPVA, o sea en donde ejercía de enfermera Natalia y Amelia. Pudieron llevarlo al hospital militar, pero estaba en el otro extremo de la ciudad y creyeron que la fiebre y algo de sangre que perdía; podía llegar tarde para salvar la vida, así que creyó el socorrista que iba con él más prudente dejarlo en el primer hospital. Paradojas de la vida, el teniente Arturo fue ingresado en la habitación 185, solo en la misma planta donde estaba Andrea, y en la que correspondía a las enfermeras que conocemos.

10

Andrea mejoraba, aunque no se encontraba restablecida del todo, el tratamiento que los médicos le proporcionaban bajaron considerablemente la inflamación, que tenía en los riñones y otros puntos interiores a causa del alcohol el tabaco y los vicios. Nunca tuvo hijos, Aquellas entrañas aquellos ovarios no fecundaban. Tal vez Dios o la Naturaleza no consintieron que un ángel sufriera los desprecios y la marginación de la sociedad, aunque esta misma sociedad fuese el causante de ello.

Amelia no salía de su habitación, más de una vez tuvieron que reprenderla por su tardanza en la cura de Andrea, olvidándose de otros enfermos, y es más cuando disponía de tiempo libre, allí estaba acompañando a su amiga que le prometía ser buena artista y dejar el apestoso hospital.

-En cuanto me den de alta—le susurraba Andrea al oído- te vienes conmigo, que yo te prometo como ya te he dicho que formes parte de la compañía. No te pesará, al contrario te alegrarás mucho, cuando te aplaudan, te lleven ramos de flores al camerino y más ganas mucho más dinero que aquí, y sin riesgo de contagiarte de alguna enfermedad asquerosa. Conocerás otra vida otro ambiente, ciudades, ya verás.

La embaucadora, ya la tenía convencida; claro que no hacía falta mucho esfuerzo Amelia deseaba dejar el centro de salud, y se le presentó la ocasión.

La compañía era propiedad de un tal Anselmo. Un tipo sin conciencia ni escrúpulos. Para él lo único válido de la vida era el dinero y por el vil metal era capaz de realizar los actos más bajos y repugnantes del mundo,

La pobre Amelia había caído en la trampa. Andrea tuvo mucho arte para convencerla si alguna duda le quedaba, que creo que no, el corazón de la

arpía, cegada por los oropeles los lujos y el dinero, logró su propósito, Amelia por su juventud y belleza levantaría la compañía bastante decaída, por carecer de carne fresca y bella. ¡Que diferente eran las dos de Natalia! A la extremeña la hacía feliz el consuelo y las palabras amables que le dirigían los enfermos y enfermas. Aquellos infelices enganchados al gotero o postrados en la cama con fiebre y dolores. Sus dulces palabras y sus sonrisas, mientras cambiaban vendas y, ponía inyecciones y suministraba jarabes

Había nacido para eso. Al igual que su tía Lucía, y nada ni nadie la convencían con otras promesas de mejor vida. Ella era feliz llevando esperanzas a los enfermos era un ángel benefactor para ellos, sus manos de rosa como le decían Dios las creó para aliviar los dolores y darles el calmante que necesitaba ¡Que diferente una de la otra! Y las dos son mujeres, y las dos son enfermeras.

Andrea salió del hospital con la alta médica en el bolso, y aquel día no estaba su amiga, pero le dejó en sobre cerrado una nota a Natalia para que se la entregase a Amelia. "Para la señorita Amelia decía el sobre" Cuando por la noche llegó al turno que ahora le correspondía Natalia le entregó el sobre- "Es de Andrea, le dijo no con preocupación, pues por conjeturas y algunas palabras ya sabía lo que tenía planeado. Amelia rasgó el sobre y leyó-

Nos hospedamos en el hotel los candiles, Avenida de Blasco Ibáñez 38-4º-A, no faltes te alegrarás. Andrea.

La alegría que sintió fue extraordinaria, había sido amonestada varias veces por incumplimiento y la supervisora la amenazó con el despido si no se corregía, habían recibido quejas de algunos enfermos y como estaba deseando que le saliera otro trabajo no tuvo límites su contento. Iba a caer en la trampa.

Natalia la aconsejó mucho y le tapó muchas faltas, y nunca hizo caso, huía de los trabajos más delicados y todo se lo encargaba a su amiga, pero aunque ella (Natalia) cubría aquellas faltas al fin se dejó ver y ya casi estorbaba en aquel Centro de curación y muerte. Amelia se daba cuenta que aunque recomendada por un alto mandatario, no estaba bien considerada, y estaba deseando que finalizara la guardia para despedirse, antes que la despidieran. No le importaba ya tenía otra colocación mucho mejor y que a ella le gustaba, al fin debutaría en un teatro, -pensaba- que a lo primero le costaría un poco adaptarse, pero como le gustaba no tardaría en ser una buena tonadillera o cupletista, voz tenía y cuerpo, tipo y belleza también, así pensaba la apática enfermera.

Por la mañana Natalia se hallaba nerviosa, la emoción la embargaba, se le caían las jeringuillas de las manos, rompió una ampolla de suero, un suero que le tenía que administrar a un enfermo recién ingresado en la habitación 185, Le dijeron que no era enfermedad sino heridas de balas, era un militar que no lo evacuaron al hospital militar por la gravedad al estar más cerca el Provincial. Le dijo el médico que había sido intervenido por el cirujano y le extrajo dos proyectiles de bala uno en el hombro y otro en el muslo, el del hombro no revestía gravedad pero si el de la pierna con síntomas de empezar la gangrena. Llegó muy débil por la gran pérdida de sangre y hubo que administrarle del grupo B, difícil de encontrar, pero que un soldado que tiene el mismo grupo le donó medio litro y se recuperó bastante. Había sido en un enfrentamiento con los maquis. Pregunto Natalia por el Nombre y le dijo el doctor que se llamaba Arturo y era teniente del regimiento La Reina. Natalia se puso pálida cosa que no pasó inadvertida para el médico que preguntó ¿Lo conoces? Te has puesto pálida y nerviosa al escuchar el nombre

Natalia no supo al pronto que responder, pero ante la mirada de circunstancias del galeno le dijo

-Bueno, puede ser un chico que lo vimos un día que era festivo en los Viveros y paseamos un rato con él.

El médico se encogió de hombros y siguió su camino pasillo adelante a visitar otros enfermos.

Y es un sexto sentido, una corazonada, o no sabía que explicarse, la extremeña se imaginaba, que aquel enfermo que le habían mandado curar, era algo especial, algo suyo aunque hasta que no oyó el nombre de boca del doctor no se figuraba que era el hombre con quien tuvo el dialogo e n los Viveros aquella mañana de primavera-

Fue por esto por lo que Natalia estaba nerviosa y no daba pié con bola como vulgarmente se dice.

Cuando penetró en la habitación el corazón le dio un vuelco. Si, efectivamente era él, era Arturo el que la citó otro día a pasear por el parque, allí estaba vendado, pálido y ojeroso por la pérdida de sangre y el remordimiento de haber perdido a dos hombres, dos buenos soldados, un sargento padre de familia, y un cabo de reemplazo, al que sus padres y hermanas, y quizás también novia esperaban su licencia para emprender una nueva vida.

Natalia era fuerte a pesar de su dulzura y simpatía pero al ver al teniente postrado en aquella cama de hospital casi inconsciente no pudo reprimir que las lágrimas resbalaran por sus mejillas, porque aquel hombre fue su primer amor, no se lo dijeron con palabras, pero sí con los ojos cuando se despidieron aquella mañana soleada y alegre, entre rosas y cantores jilgueros y pajarillos.

A pesar de su postración él, la miró y la conoció y una sonrisa de alegría afloró a sus labios. Ella le puso sus sedosas manos en la frente, y estaba ardiente, entonces una vez limpiadas las lágrimas con el revés de la manga, le aplicó el termómetro bajo la axila en donde no había vendaje, y permaneció hasta que lo retiró comprobó la temperatura más de 39 y lo anotó en el grafico, luego le puso una inyección antipirética y le suministró un calmante. Lo cubrió bien con la sábana y la manta y apretándole la mano le susurró al oído.

-Ánimo, que aquí estoy yo para cuidarte- premiándolo con otra sonrisa tan pura y bienhechora como era su costumbre El teniente abrió los ojos y cuando la vio parece que la fiebre desapareció porque la agarro de la mano y le dijo con voz entrecortada por las fatigas.

-Natalia, mi vida mi amor, no me dejes. Ya vez estoy herido, ha sido un enfrentamiento en la serranía con los maquis, han muerto dos de mis hombres y otros han caído heridos como yo, creo que los han evacuado al hospital militar. Yo a pesar de mis dos heridas profundas, he tenido más suerte, primero porque no me he quedado como mis compañeros muertos y las heridas no revisten peligro de muerte según el médico y lo mejor que me ha podido suceder es que me hayan traído a este hospital donde tengo al ángel protector en forma de bella mujer.

Se fatigaba, le faltaba el aire, por lo que tuvo que parar dos o tres veces. Entonces Natalia le dijo que no hablara, que no le convenía, y que ya estaba mejor, pues la fiebre iba descendiendo, y con el calmante los dolores serian menos.- Ahora tengo que marcharme a curar a otros enfermos, pero en cuanto termine pasare a verte. Estate tranquilo,

-Dame un beso—suplicó Arturo tal vez influenciado por la fiebre o por el inmenso amor que sentía hacia la enfermera.

Natalia que a decir verdad no deseaba otra cosa, arrimo sus labios rojos a los suyos y le estampo un beso no muy profundo, aunque si apasionado. Beso que fue otro bálsamo de bienestar y alivio a los dolores que sufría. Se marchó y en la puerta lo saludó con la mano, El le emitió una sonrisa que quedó gravada en el corazón de la enfermera, aquel corazón noble y tierno que ella poseía

Cuando Natalia después de la dura y emocionante jornada de aquel día, llegó a la buhardilla de la calle Santa Isabel donde vivían ambas amigas de alquiler, se encontró una nota encima de la cama donde dormía Amelia. Las dos dormían en la misma habitación pero en distintas camas. Era una

nota escrita a lápiz y en papel de libreta rayado. Natalia lo cogió con nerviosismo, algo le decía el corazón que su amiga no había emprendido buen camino. Hacía tiempo desde que llegó Andrea al hospital había cambiado mucho, ya sabemos su poca ilusión por estar en el provincial y la ilusión por ser cupletista. Decía la nota Adiós Natalia, perdóname que me despida así, no tengo más tiempo que `perder, se me ha presentado la ocasión y la voy a aprovechar. Ya me conoces y sabes que el oficio de enfermera lo llevo muy mal. También estaba ya amonestada varias veces, no me veían muy bien los que mandan a raíz de algunas quejas de los enfermos y familiares y tarde o temprano me iban a echar a la calle, así que me voy antes al sitio que me gusta. Te escribiré. Besos de tu amiga Amelia.

“¡Loca, más que loca, Dios quiera que no te arrepientas- exclamó Natalia con pena y rabia, estrujando el papel entre sus manos y tirándolo al suelo, que luego recogió. Aquella noche no pudo dormir pensando en su amiga, a la vez que le deseaba suerte, pero conocía a esta clase de artistas, terminan siempre o casi siempre mal, enfermas o en sitios no muy dignos.

Se presentó la enfermera arrepentida, en la Avenida de Blasco Ibáñez donde se hallaba la pensión Los Candiles, que era donde paraba la troupe, y allí ansiosa la esperaba Andrea y Anselmo. La compañía no tenía mujeres jóvenes, se iban por los abusos de Anselmo, y otras porque se hicieron ya mayores y estaban ajadas de carnes flácidas. Amelia, aunque no era muy alta, si era guapa y sobretodo joven con dulce y potente voz, ya la enseñarían el oficio, que consistía más que nada en lucirse y lucir sus torneadas y bellas piernas muy por encima de las rodillas, escotes grandes que daban paso a unos pechos turgentes y redondos, y moverse con picardía, luego cantar una canción española de cualquier tonadillera o un cuplés y el éxito estaba asegurado, subiría la compañía hacia arriba, Anselmo y Andrea los dueños lo tenían asegurado.

Partieron al amanecer hacia provincias, en el tren de las ocho, iban a Tarancón en la provincia de Cuenca, era el debut de Amelia, unos ensayos y la primera vez saldría peor pero con el tiempo se haría artista,. La gente de pueblo no son muy exigente y más que un teatro de este estilo iba de tarde en tarde y los recibían con agrado, perdonando los fallos y muchos y muchas sin notarlo. Luego actuarían en pueblos de Guadalajara, Madrid y algunos barrios marginales de ciudades como Zaragoza, Sevilla Madrid y otras importantes.

Anselmo y Andrea se frotaban las manos, habían encontrado un filón si lo sabían aprovechar. Al principio había que mimarla darle los gustos y algunos caprichos, luego ya veríamos.

Dejamos a Amelia con su compañía de pueblo en pueblo y regresemos al hospital valenciano donde nos espera el teniente Arturo y Natalia,

11

Arturo mejoraba, sano y fuerte y joven, y las medicinas suministradas y más las sonrisas de Natalia y algunas caricias aunque fugaces iban devolviéndole la salud al militar, que se fue voluntario al monte a combatir a los maquis. Así creyó el cumplir con su obligación de militar, que era oficio arriesgado, lo sabía y lo llevaba en la sangre de padres a hijos y de abuelos a nietos. El no era político, si hubiese estado en el otro bando igual hubiese luchado con ahínco, y si hubiese sido de los perdedores, tal vez también se hubiese tirado al monte, pero era de las vencedores al menos de esa tradición y tenía que cumplir con su

obligación

Arturo mejoraba, un hombre fuerte y sano como él no era para menos, mas con la profesionalidad de los médicos que lo atendían y la dulzura de la enfermera que lo cuidaba. El día que abandonó el lecho, quiso pasear por el jardín del hospital, y solicitó la compañía de su novia Ella muy gustosa después de finalizar el turno que fue el de la noche, sin quitarse el uniforme de enfermera, acompañó al militar a su novio, a pasear por los jardines que circundaban el edificio, El día era espléndido, uno de esos días de otoño que el sol luce dorado y las hojas de los árboles muestran un tono ocre, desprendiéndose de las ramas al finalizar su ciclo de vida. En los paseos existían bancos de piedras, bajo las acacias y plataneras de jardín, setos verdes y rosales también adornaban aquel jardín muy bien cuidado por manos expertas de jardineros veteranos. Arturo llevaba cogida por la cintura a la enfermera extremeña y caminaban despacio, .El aun tenía que permanecer más días en convalecencia. Una mariposa blanca revoloteaba de flor en flor y los pajarillos trinaban poniendo la nota alegre en aquel recinto bello pero triste, por ser paseo de enfermos y desahuciados de médicos. Caminaban en silencio así varios metros hasta que él rompió mutismo.

1. ***Natalia, no sé si tú sientes lo mismo que yo, no sé si tu corazón te desea como el mío desea el tuyo, desde el momento en que me encontré contigo quede tan enamorado de ti como lo estuvieron Pablo y Virginia o Romeo y Julieta-le dijo con voz romántica Arturo a Natalia. Esta sonriendo como siempre y mostrando sus perlas blancas que eran sus diminutos e iguales dientes le contestó.***
2. ***Lo mismo dice mi corazón que el tuyo, Arturo mío. Desde la mañana, bendita mañana de primavera que nos vimos en los Viveros con Amelia y tú con tus compañeros, me enamore perdidamente de ti. Yo jamás estuve enamorada de ningún hombre. Allá en mi aldea me pretendió un chico, era buen muchacho, pero yo era muy joven y no sentía nada por él, además mi ilusión era ser enfermera y no tenía tiempo en pensar otra cosa. Yo era una muchacha muy pobre, y he trabajado en el campo, he sembrado algodón y lo he recogido, luego hacia las faenas de mi casa, siendo una niña, no vengo de familia rica ni de labradores, solo soy una hija de un jornalero, no quiero que te lleves una desilusión cuando conozcas mi infancia. Te quiero demasiado y si me olvidas sufriré una decepción, un desengaño pues tú eres mi primer amor como te digo.***

Arturo por toda respuesta, la atrajo hacia sí y le estampó un cálido y prolongado beso en sus labios de coral; lego dijo,

1. ***Yo te quiero por encima de todo, mi familia es de regular posición mi madre es orgullosa de la aristocracia madrileña, rancia e intransigente para muchas cosas quizás se oponga a nuestro amor, aunque no va a conseguir nada. Mi padre es un militar de tradición, entusiasta de todos los uniformes y lleva por lema como la patria nada, es feliz en su carrera y nunca se mete en nada de lo que haga su hijo, el si aprobará nuestro noviazgo, pero si fuese al contrario te digo lo mismo, nunca conseguirán que me separe de ti . quiero que nos casemos pronto, y dejes de ser enfermera, aunque me gusta ese uniforme blanco que llevas como una palomita, yo gano lo suficiente con el empleo de capitán, y seguiré ascendiendo, puedo llegar a general, si tengo suerte soy muy joven . En fin lo principal es que nos amemos siempre, que no se interponga otro hombre en nuestras vidas.***

Natalia una vez que su novio terminó de hablar, algo azorada por el ardiente beso le aclaró.

- ***Nunca un hombre se interpondrá entre nosotros, a lo mejor una mujer sí, pero yo te juro que seré siempre fiel, nos casaremos cuando tú quieras, yo dispongo de poco dinero pero no importa, se arreglaré con lo que buenamente pueda. El favor que te pido es que no me quites mi ilusión, esa ilusión que se despertó en mí desde pequeña la de ser enfermera, cuidar a personas desvalidas, igual que mi tía Lucía. Pídemelo lo que quieras pero no eso, porque eso representa ser yo quien soy.***
- No pudo seguir hablando porque otra vez Arturo la enlazó por el talle y le estampó otro apasionado beso de amor en su boca. Y aquellos dos tortolitos se emocionaron tanto que asomaron las lágrimas a sus labios. Eran felices. No sabemos si alguien se pondrá en medio para estropear la dicha, aunque cuando un hombre y una mujer se aman de verdad, no existen barreras que no sean derribadas por el amor.

12

Doña Almudena había salido de Madrid rumbo a Valencia en el tren expreso para visitar a su hijo. Cuando supo que se hallaba ingresado en el hospital. La madre de Arturo pasaba largas temporadas en la capital de España, y su marido en Valencia; ella no podía vivir sin sus amistades y su chismorreos aristocrático. Era de la alta alcurnia de Madrid, decía que llevaba en sus venas sangre azul, aunque jamás nadie ha visto este color en la sangre, en fin, eso es lo que, o con lo que nos quieren dar a entender la gente de la gran aristocracia, por desgracia para todos ellos los primeros.. Como le gustaban los uniformes militares se casó con aquel comandante que llegaría a coronel con aspiraciones a general.

Doña Almudena como toda madre, cuando se enteró de que su hijo estaba ingresado en un hospital herido de bala, no puso reprimir el llanto y dispuso a la servidumbre que le preparara el viaje más rápido e inmediato a la capital del Turia. Por aquella época había pocos aviones y no muy seguros, así que el mejor medio de locomoción para viaje era el tren, y con 10 horas de viaje llegó a donde se restablecía su único hijo. Penetró en la sala y después de besar y abrazar a su hijo se dirigió a Natalia que se hallaba junto a él y sin saludarla ni andarse con remilgos y mucho menos con educación le preguntó que si era la enfermera de su hijo. Le respondió la muchacha que sí. Pues espero que lo trates como se merece un hijo de una marquesa y un coronel. Ella no tenía ese título pero si lo tuvo su abuela, heredándolo otro nieto.- Natalia quedó ante estas palabras un poco contrariada por la forma de decirlo y exigiendo trato especial para su novio. Le respondió.

Aquí señora a todos los enfermos los tratamos por igual, muy bien. Esto es un hospital y para mí no existe distinción.

No le gustó la respuesta de la enfermera, crea como sabemos que por su rango su hijo tenía que ser mejor asistido que ninguno, no porque se comportara bien, ni hubiese hecho una buena labor a la España del régimen, si no por su rango de "marquesa" y militar. Pero el hijo era de otra masa, había heredado las condiciones del padre y sus abuelos paternos, gente al fin y al cabo sencillas aunque militares, y no le gustaba el despotismo y prepotencia de la madre, aunque como buen hijo la adoraba y la quería

Si tienes alguna quejas de estas- le decía doña Almudena a su hijo refiriéndose a las enfermeras- ***se lo dices a tu padre, el hablará con el director y sabrá sus obligaciones, no dejes que te traten como a otro enfermo cualquiera.***

iMadre, por Dios... le replico el hijo, estas muchachas se portan con todos como verdaderas madres, y hermanas; nada se le puede reprochar.-

Si, pero tu mereces otra distinción. Tú no eres un tenientillo cualquier, eres de sangre azul, de un ilustre militar. Aquí viene gente de toda clase y condición ¿porque no te han llevado al hospital militar, a una sala distinguida y además eres un herido de guerra.

i Pues no se para que vemos ganado la guerra! Si nos van a tratar como a parias a los de rango superior

Arturo, lo presentía, que su madre no aprobaría el noviazgo entre él y la enfermera. Una simple enfermera era poca cosa para su rango y menos aún cuando se enterara de que procedía de clase humilde, de una provincia lejana, atrasada y pobre. Para ella su hijo se merecía otra cosa, por ejemplo una, la hija de un noble madrileño, que ostentaba el título de conde, o provenía de ese rango, una muchacha que ella conocía cuando en la tertulia con las señoras encopetadas de la corte se reunía con su madre para el chismorreo diario en uno de los mejores cafés de la ciudad.

Aquello sería una boda de conveniencia, ya que el joven militar no sentía el mínimo afecto por la señorita condesa como decía doña Almudena. Era poco agraciada, unos años mayor que él y con el bonito nombre de Petronila. Su madre se enfadaría, arañaría lo dejaría sin herencia y todo lo que quisiera si no se casaba con Petronila

Pero todo le daba igual, el muchacho estaba enamorado hasta los huesos de Natalia, y con ella se iba a casar pesase a quien pesase.

Gracias a ella curó pronto, le fue agradable la estancia en el hospital, era simpática y guapa, es verdad que carecía de títulos y dinero, pero poseía un corazón de oro que vale más que todos los mobiliarios títulos del mundo. Petronila mejor dicho los padres, tenían mucho dinero, palacios, fincas y coches, pero era fea, antipática y arrogante, tres cosas que detestaba el apuesto capitán.

Fue un gran amor a la antigua, Natalia no buscaba posición, rango ni categoría, sería la esposa de un capitán, pero si aquel hombre hubiese sido un obrero, un barrendero o simple cabo, también se hubiese casado con él, porque su corazón le dictaba amor hacia Arturo por encima de estrellas y uniforme, y la paga que no era tan suculenta como alguien afirmaba. Ella lo quería porque lo encontró apuesto, educado y víctima de una escaramuza, al que cuidó, curó y le proporcionó cariño, esperanza y confianza en su curación.

Sabía que su novio sería un caballero, buen esposo y padre honrado y abnegado para sus hijos. Se casaría aunque la vida no sería un camino blando de rosas perfumadas, porque toda rosa tiene espina, sino las hojas la talla y el tallo las heriría, aunque la corola acariciara sus cuerpos. Arturo se encontraba ya fuera de las manos de los médicos, estaba curado, le darían el alta del hospital, pero no para incorporarse al servicio, le concederían un mes de convalecencia, tenía que estar fuerte y bien restablecido, pues pudiera ser que otra vez lo mandasen o se fuera el voluntario a luchar contra aquellos hombres que por sus ideales, que él no cuestionaba se echaron al monte, creyendo derrocar al gobierno vencedor. Aunque curado le dejaron las heridas algunas secuelas, y cicatrices.

Entonces Natalia se las acariciaba, y le animaba con dulces y bellas palabras. Permaneció quince días más en el hospital, y los dos tortolitos paseaban por los jardines, abrazados.

Ella con su uniforme de palomita blanca, como mensajera de buenas nuevas, y Arturo con el suyo azul con el ros y sus estrellas recién cosidas en el antebrazo. Eran felices. Muy felices, hacían propuestas de

casamiento y sus miradas eran tan dulces y amorosas como las de los enamorados más famosos del mundo, Romeo y Julieta, los amantes de Teruel, Pablo y Virginia, y otros grandes amores los igualaba.

Doña Almudena trató por todos los medios y artimañas separar aquellos amores, pero no lo conseguía, así que enfurecida y jurando venganza se volvió a su Madrid. No se despidió de la muchacha, ni siquiera la miró. Solamente por lo que había hecho por si hijo tenía que haberla agasajado besado, pero no era de su rango, era una plebeya de pueblo, y esto le causaba dolor de estómago. Ellos seguían con sus paseos por el jardín del hospital, amándose haciendo proyectos para el futuro, pero Natalia desconfiaba, y no precisamente de su novio, pero sí de la madre de él. Una tarde que paseaban después de prometerse amor eterno Natalia se quedó parada cerca de un banco que cobijaba una enorme acacia-

Vamos a sentarnos aquí- le dijo a su novio- **quiero hablar unas palabras a en relación con nuestra boda. Como las pronuncio graves y desconfiadas,**

Arturo se alarmo y poniéndose en guardia como buen militar que era hizo una mueca con la boca y le respondió.-

Se trata de mi madre ¿Verdad?-

Si, Arturo. Yo se que tú me quieres como yo te quiero a tí. Somos muy felices, pero auguro que una sombra negra nos va a oscurecer nuestra felicidad.-

Explícate- le conmino el capitán.-

Mira Arturo, según tu madre, y según me han dicho otras compañeras, vosotros sois de sangre azul, de la nobleza madrileña, de marqueses o condes, no lo sé, y tu madre te tiene reservada una mujer de tu estirpe de tu clase. Yo en cambio soy una plebeya, una campesina ignorante de pueblo, y no creo que tu madre quiera eso para su hijo. Se opondrá a nuestra boda por todos los medios, te hará sufrir, y al final te convencerá.

Arturo se la quedó mirando a os ojos, que se habían dejado escapar unas furtivas lágrimas y le respondió.

Lo sé, todo eso lo sé. Pero ante el amor no existen barreras. Me desheredara, me negará hasta el habla, pero si tu amor es tan firme y fuerte como el mío, nada ni nadie nos separara. Yo soy capitán y con mi paga podemos vivir bien, sin lujos ni opulencias pero bien. Si quieres pido traslado a Badajoz, allí en tu tierra se vive mejor, es tierra tranquila, ciudad pequeña donde todo el mundo se conoce y se da los buenos días. Si tú no quieres dejar tu oficio de enfermera, te colocarás en cualquiera de los hospitales que hay allí, habrá dos o tres incluido el militar, y aunque están regidos por monjas, y las monjas son las enfermeras, también las hay que no son religiosas, tú tienes experiencia y no costará mucho trabajo colocarte. Así que olvídate de eso, y no estropees nuestra felicidad. Ahora tienes vacaciones, y a mí me concede el médico un mes de convalecencia sin incorporarme al regimiento, podemos pasarlo en tu pueblo, si no tienes inconvenientes y así vemos, o veo yo como es aquello, iremos a la capital y me entrevistaré con el coronel del regimiento Castilla 16, por si hay vacantes de oficiales, siempre faltan capitanes para cubrir las compañías o los destinos burocráticos, aunque prefiero mejor el mando de los soldados.

Como tú quieras mi amor- dijo Natalia, secándose una furtiva lágrima con la manga de su uniforme - **tu eres el que mandas.**

Se abrazaron y se besaron. y cogidos de la mano como dos colegiales. Le susurró él a ella.-

Eres maravillosa. Mi amor. Nunca encontraría otra igual. Y ahora nos vamos en busca de Amelia ¿Qué habrá sido de ella?

13

Tardó poco tiempo Amelia en darse cuenta del error que había cometido. Los aplausos y alabanzas no fueron tantos, y el dinero menos. Había caído en una red de mafiosos.. El tal don Anselmo era un auténtico rufián Si, lo que regentaba era una compañía de cuplés y variedades de nombre A& A Anselmo y Andrea, que los dos iban en compañía, y se llevaban lo poco que recaudaban de las actuaciones. Era una compañía malísima, desconocida en teatros importantes, y menos importantes de las ciudades, sólo los barrios marginales y los pueblos pequeños esencialmente rurales conocían de paso esta escenificación, que la representaban en cines desvencijados, tea truchos viejos y hasta en bares y algún baile adaptado a escena.. Viajan de acá para allá constantemente, en trenes correos y mixtos, coches de tercera clase, recalentados en verano, gélidos en invierno y asientos de madera incómodos, entre obreros, criadas y soldados.

Amelia se equivocó y ya no era tanta la ilusión por ser artista ni tanto odio a la profesión que dejó atrás con compañeras buenas, aunque como en todo hubiese pequeñas diferencias y envidias. Como no estaba acostumbrada al escenario, se avergonzaba, se equivocaba en las canciones, y aunque entonaba bien a veces le salían gallos, y cuando esto ocurría sobretodo en los pueblos más remotos, se armaba tal algarabía y "pataleo" en el gallinero que muerta de miedo más que de vergüenza se escondía entre bastidores del escenario, casi siempre improvisado.

Quiso volver a su buhardilla de la calle Santa Isabel en Valencia, donde encontraría a su amiga y pedirle perdón, echase en sus brazos e inundarle el rostro con sus lágrimas de pena, Pedirle que intercediera por ella para que la readmitiesen en el hospital, aunque fuese en los oficios más bajos, los que nadie quería. Pero ya estaba atrapada, la arpía de Andrea y el rufián de don Anselmo la engancharon bien engancheda, como en la Legión había firmado un contrato por cinco años, y si no los cumplías, tendría que abonar gastos y perjuicios, incluso con la cárcel si preciso fuera. El cabecilla, era astuto por naturaleza, tenia los papeles en regla, y ni la policía o la Guardia Civil, ni las Autoridades tuvieron noticias ni denuncias de su juego sucio.

Como sabemos iban por los pueblos, se alojaban en fonduchos, posadas y en casas particulares donde no existían las anteriores alquilada una habitación por una o dos noches, donde dormían todas las muchachas juntas menos Andrea, que pernoctaba en otra habitación con don Anselmo. Muchas camas tenían chinches y pulgas, y les picaban siendo imposible conciliar el sueño, le gastaban bromas las otras desagradables obscenas y rompía a llorar, una mas compasiva la consolaba, y le daba ánimos para seguir adelante sin desfallecer.. A pesar de todo era ella, Amelia la que llenaba las salas y tugurios. Era mala cupletista, pero su belleza y lo ligera de ropas con que se presentaba en los escenarios, y en los carteles, era cebo para que el elemento masculino, solterones, viudos y jóvenes en su mayoría fuesen a las sillas o butacas a contemplar y excitarse con aquellas carnes turgentes y blancas; mujeres pocas, algunas casadas con sus maridos sirviendo a veces de celos y discusiones por parte de ella, que si lo sé no vengo, luego lo pagas conmigo la desvergüenza de la cómica- decían algunas esposas molestas.

. Otras veces tenía que intervenir la guardia municipal (donde la había) o la Guardia Civil, para sofocar el alboroto y hasta algunos mozos osaban saltar al escenario para abrazar a la pobre Amelia.

Cambio cobre por latón, si difícil era su vida en el Provincial, peor era la nueva vida que había cogido, engañada por una arpía y su propia inexperiencia y vanidad y no era pueblerina, que nació y se crió en la tercera ciudad de España. Y no era esto lo peor.

Una noche cuando terminó la función, como siempre se fue a la fonda

donde dormía, en aquella ocasión tenía un cuarto para ella sola, nunca se supo aunque se supone porque le dejaron para ella sola una habitación, aunque la cosa es bien sencilla.

¡Cual no sería su sorpresa! Cuando al entrar estaba la luz encendida, una mortecina luz que despedía una sola bombilla de pocos vatios, y encontrarse con un hombre sentado en una silla junto a la cama era de mediana edad, mas alto que bajo y bien vestido, pelo blanco bigote y largas patillas.

Buenas noches señorita- saludó poniéndose en pie. No se quitó el sombrero porque no lo llevaba o al menos no lo llevaba puesto

Amelia quedó confusa anonadada, pero se repuso y exclamó.

¡Váyase usted de aquí, esta es mi habitación, que derecho y quien le ha dado permiso para ello.

No se inmutó ni alteró el intruso y con sonrisa burlona le contestó.

- Pues, con que permiso va a ser, con el de usted, encantadora criatura.

- Salga inmediatamente de aquí, o llamo al dueño de la fonda- y apuntaba con el dedo índice la puerta de salida.

- No se enoje .por Dios señorita, que no le sienta bien, es más guapa serena. Es una pena que una cara tan linda se estropee, y se enfurezca tanto. Además sepa que el dueño de esta fonda está presente, soy yo, y he venido a cumplir el deseo de tan distinguida señorita, es usted la que me ha invitado.

- ¡¿Yo!?, no entiendo nada, explíquese.

El visitante, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un papel, se lo dio a la desgraciada Amelia que temblorosa leyó.

Si quiere pasar un rato agradable, a la terminación de mi actuación pase por mi habitación en la fonda; jamás lo olvidará- Amelia.

No supo que decir, aquella firma era la suya y su letra, pero ella no la escribió. Le habían tendido una trampa. Don Anselmo la había vendido al viudo, Jaime, dueño de la fonda, que estaba deseoso de mujer, y quiso poseer a una joven y bella cupletista, don Anselmo y Jaime se conocían de años antes.

Furiosa y a punto de llorar, Amelia extendió el brazo y le dijo

¡Fuera de aquí! O llamo a la Guardia Civil, era un pueblo donde actuaban.

- No le harán caso, usted me ha citado, ese papel lo demuestra,

- Yo no he escrito nada.

¿Entonces quien?

- ¡Son ustedes unos canallas i ¿ Que pretenden?

- Señorita usted está a merced de un contrato, y no ha leído la letra pequeña. Ha firmado para todo. Así que llame a quien llame no le harán mucho caso

Eso no es verdad, no se puede obligar a una mujer, contra su voluntad a practicar el sexo, la ley lo prohíbe y siempre lo ha prohibido, pero la ingenua ex-enfermera no entendía mucho de leyes y al ser tan ingenua, se vio perdida, temía al escándalo, no quiso seguir más adelante, aquel hombre llevaba todas las de ganar. No conocía a nadie y parecía que era el amo del pueblo, por la forma tan segura con que hablaba. Ya no quiso debatir mas, ¡Para que! Estaba perdida. ¡Ay! Se le hubiese hecho caso a Natalia, pero ya no había remedio, otra vida le aguardaba, había caído en el lodazal. ¿ Cómo se iba a figurar que la que tan amable le hablaba y tanto le prometía, sería una cómplice de aquella gente. No podía hacer nada.

Sucumbió, allí mismo. Le regaló Jaime un vestido, muy bonito. Le daba repugnancia, pero... así cayó no una vez muchas, ya era una puta, una mujer de la vida, aunque figurarse en los carteles como cupletista.

Pero el provecho era para los dos amantes, aquella hiena y aquel rufián,

que con engaños y artimañas la metieron en la basura. Pensaba y cayó en profunda depresión, sufría horribles dolores de cabeza que calmaba con tabletas de okal y aspirina, muchas veces no tenía ganas de nada, y sin embargo salía a escena, o complacía a los señores que le pagaban menos de la mitad del servicio, lo otro era para los "protectores", como ellos decían.

Pasaron algunos años y Amelia más que por la edad por los sufrimientos y la vergüenza envejeció. Ya no era tan atractiva aunque contaba sólo 35 años, y aunque conservaba todo lo que la naturaleza docta a la mujer, su cara se arrugaba y sus carnes se ponían flácidas. A don Anselmo ya no le interesaba, los clientes eran menos, y en el escenario no valía. Pero la naturaleza obró y como aun su vientre estaba fecundo, se dio cuenta de que había quedado embarazada. ¿De quién? Ni ella misma lo sabía. Ahora sí que era un estorbo para los empresarios y explotadores de chicas, aunque no fueron tantas, pues la que mas y la que menos tenía protección, y eso no le interesaba al rufián.

Fue en la provincia de Toledo. Un lugarejo cerca de Talavera, allí tenía función y como no existía ni fonda ni una mala posada, se alojaron en algunas casas del pueblo. Fue alojada en una casa sola, la dueña era viuda joven. Se encontraba enferma, indispuestas por el embarazo o los dolores de cabeza, no pudo actuar aquella noche, y salió Andrea en su puesto, ya no había otra. Andrea no estaba ya para nada, de nada, y la función fue un auténtico fracaso. Los silbidos atronaban el pueblo, ¡Fuera! Fuera! gritaban con fuerza, le tiraban huevos podridos y tomates que algunos mozos de lo mas bruto llevaban para el caso.

Terminaron antes de tiempos y aquella misma noche, se fueron en un taxi alquilado, los dos, Andrea y Anselmo, dejando a Amelia en casa de la joven viuda, Poseía Amelia una cartilla de ahorro con algún dinero no mucho, que se la guardaba Andrea, y también se la llevó. Lo otro lo abandonaron eran trajes viejos y ajados sin ningún valor real, con eso hicieron pago a la dueña de la casa donde se hospedaron.

La joven viuda, era buena mujer. Como todo el pueblo al día siguiente se enteró que los "artistas" habían huido. Y se lo comunicó a Amelia, que no sabía nada del caso. Amelia dio rienda suelta a sus lágrimas, y le contó a la viuda su vida, su error y su fracaso. La mujer la escuchaba atenta, y hasta se le escaparon algunas lágrimas.

-¡Jesús, Jesús!- exclamaba- **lo que hay por esos mundos de Dios.** La pobre mujer nunca había salido de su villorrio.

Y ahora que vas a hacer ¿ cómo me pagas?.

— No tengo dinero- gemía la desdichada- ***pienso ir a Madrid, y seguro que allí encuentro trabajo. Si usted pudiera prestarme algún dinero, yo se lo pagaría con creces. Aunque solo sea para el viaje, yo le juro que se lo enviaré en giro, y si gano lo suficiente vengo a traérselo en mano y darle las gracias, aunque ya se las doy anticipadas***

La pobre viuda, que tenía algunas pesetillas ahorradas, no muchas, le prestó para el viaje y para que comiera un día o dos, le preparó un bocadillo de tortilla de patatas, le proporcionó un vestido suyo de cuando no tenía luto, y aquella misma tarde Amelia, tomó el primer tren en Talavera adonde se desplazó a pie con destino a Madrid.

Tres o cuatro horas más tarde cuando ya la noche había tendido su manto negro, llegó a la estación de Delicias. Y con poco dinero se internó en aquel Madrid de hambre y miserias de los años cuarenta, aunque las chulapas y los gomosos abundaban por Lavapiés y Chamberí.

Y esto fueron los aplausos que iba a recibir en Madrid, París e incluso en Nueva York. Dejemos a la desgraciada vagar por las calles de Madrid, hasta otro capítulo y vamos a encontrarnos de nuevo con los enamorados, la enfermera y el capitán, que nos esperan impacientes.

Arturo fue dado de alta, y pensaba pasar el mes de convalecencia en la aldea de Natalia, explorar la guarnición de Badajoz y pedir traslado la ciudad fronteriza del Guadiana, pero en la vida militar no es factible

hacer lo que a uno más le conviene, tienes deberes y obligaciones que en los civiles pueden desobedecer las órdenes si no le gustan, en los militares esto es imposible, y si lo haces pierdes todo lo que has ganado durante todo el tiempo de tu profesión

Arturo recibió la orden de incorporarse de inmediato en Madrid, en uno de los regimientos de infantería de la capital. Quiso protestar pero no lo creyó conveniente para él ni para Natalia, lo habían ascendido a capitán, y concedido una medalla, y no lo iba a echar todo por tierra. La orden escrita se la enseñó a Natalia, y esta con disgusto la leyó, pero al mismo tiempo estaba alegre por él.

- En Madrid-le decía- tienes más posibilidades para todo, aquí en Valencia como capital provinciana no encontrarás lo que puedes encontrar allí, un buen puesto en el Ministerio del Ejército, o en oficinas muchas cosas, aquí puedes ir otra vez a la sierra, y ya no tendrías la misma suerte, los maquis están por todas partes, pero en la corte no se atreven a cometer ningún hecho delictivo, ni sale el ejército, he oído que en la sierra de Madrid es donde menos hay, casi ninguno o ninguno, y solo patrulla la Guardia Civil.

Arturo, la miraba compasivo, se compadecía de ella, sabía que lo que decía no le salía del alma, lo animaba, pero deseaba que aquella orden no hubiese llegado nunca. Ahora que se iban a casar que los preparativos de boda estaban casi comprados todos, lo trasladaban a Madrid. Sentía pena por ella, que se quedaba en Valencia, lejos, y mas con la ilusión que tenía de marcharse a su tierra, a su Extremadura, le habían fastidiado parte de sus proyectos, o todos.

Natalia a pesar de animar a su novio, no lo pudo resistir y rompió en llanto, y entre suspiro le decía.

- **Si, Arturo me alegro que te hayan trasladado a Madrid, donde encontrarás mujeres de tu rango y categoría, porque un capitán, un caballero de la milicia no pegaría con una pobre enfermera que además ha sido campesina y, proviene de una aldea perdida, en el campo cerca de Portugal. Una que vino a servir a ser limpiadora de hospital ¿Que pensarán tus compañeros y superiores?**
- **- No sigas por ese camino Natalia- le reprendió Arturo molesto, olvida los complejos de inferioridad. Nada me importa que mis compañeros, superiores e inferiores en el cargo, porque en lo personal nadie es superior a nadie, y todos somos hijos de Dios, como te digo nada me importa lo que piensen ni lo que digan. Tú no eres una sirvienta, eres una buena enfermera y nadie ni siquiera mi Madre me separará de ti. Sí, me marché a Madrid, no me queda otro remedio, pero te vendrás conmigo, nos casaremos en los veinte días que tengo de permiso para incorporarme, y luego allí entrarás en un hospital, sé que eso es lo que te gusta.**
- **- Que difícil es para una muchacha que ha cavado, recogido algodón, trillado, en la era, ser una dama de las que frecuentan casinos y clubes militares, yo no valgo para eso.**
- **- Bueno pues no lo hagas, tú en tu hospital y en tu casa y ya está. Será un nido de amor donde nacerán unos pajarillos bonitos y cantores que alegrarán nuestro nido, y no necesitamos alternar con encopetadas y engreídas damas, ni con vanidosos y achulados oficiales, en eso el reglamento militar nada dice al respecto**

14

Dispusieron casarse sin dar conocimiento de la boda a nadie. Antes de que Arturo marchara solo a Madrid, querían los dos estar juntos, y aprovechando el permiso de Natalia, y permiso que le concedieron al novio, ya que para contraer matrimonio en el ejército está por encima de otra licencia a no ser en tiempos de guerra, y también a otros permisos por lo tanto, no lo pensaron mas, y decidieron que el cura le diese las bendiciones para ser el uno del otro hasta que la muerte los separase..

¿ Para qué proporcionar gastos y largos viajes a la familia, en particular a la de Natalia que como sabemos era gente muy humilde,? le darían una sorpresa, y el tiempo que le quedara después de todo consumado, lo pasarían en el pueblo de ella. Allí en la aldea perdida entre encinas y regadíos disfrutarían de la luna de miel. Natalia era completamente virgen, por lo que la ilusión de ambos era más que infinita, Y llegó el día grande, el día de la boda. Ella compró el traje de novia blanco como el armiño, con algunos ahorros que tenía. El padrino de bodas era el médico con el que frecuentemente trabajaba, y la quería como su fuese hija suya. Por parte de Arturo la madrina era la mujer del Comandante, una señora amable y caritativa que apreciaba a los dos tortolitos, por algunas visitas hecha al hospital, y también por ser su marido amigo del padre del novio.. Se celebraría en la parroquia del barrio de Sagunto, donde pertenecía la calle Santa Isabel, residencia de nuestra querida enfermera. Sus compañeras adornaron la pequeña iglesia con flores blancas, rosas margaritas y azucenas. Cintas y lazos del mismo color, color de la pureza, y sus amigas alquilaron una alfombra roja desde la puerta hasta el altar, para que fuese más distinguida. Ella iba radiante, guapísima con su vestido de raso, tocada con velo y diadema. En sus manos enguatadas lucía el ramo de azahar, ramo de pureza y virginidad. Aunque el vestido era bonito, carecía de esa ridícula cola que llevan las damas de alto copete. A ella le gustaba sencillo, como era ella, sin muchos adornos. El novio en traje de gala del arma donde servía, con sus tres estrellas doradas en la bocamanga, banda con los colores de la bandera española por su condecoración, y la medalla en el pecho, el ros bajo el brazo izquierdo, dando el brazo derecho a la madrina que lucía un bonito vestido carmesí con sombrero de la época. El padrino con traje azul, camisa blanca y corbata, zapatos negros muy brillantes daba el brazo derecho a la hermosa compañera de hospital. Fueron los compañeros de uno y otro franco de servicio, que no eran muchos, pero para ser felices tampoco se necesita una gran comitiva.

Ofició la ceremonia un cura, joven y dinámico, que le aseveró a que se amasen profundamente, tanto en la salud como en la enfermedad, en la dicha como en las desgracias. Que los hijos que tuvieran, los educasen en el amor a Dios. En el acto sublime de la comunión les dio a beber la sangre de Cristo en el mismo cáliz que el bebió. Y terminó dándole la bendición después de entrega de los anillos y las arras como lo manda la iglesia católica,

Salieron ya siendo marido y mujer, a la salida una lluvia de arroz y pétalos de rosas lanzados por sus compañeras y compañeros pusieron la nota alegre de aquella ceremonia, donde el único familiar que asistió fue el padre del novio.

Un breve refresco, un brindis a los novios con una sencilla cena, regada de vino, cerveza y soda consistió la invitación, en el bar de oficiales del cuartel.

Natalia fue besada por todas y todos mientras las lágrimas de alegría y tristeza a la vez al no estar presente su madre ni ningún familiar suyo, aunque sus amigas fueron igual que su madre o hermanas ya que se volcaron en hacer todo lo posible para que la boda fuese alegre y ella se encontrara contenta y feliz, lo lograron en parte, mucha parte, pero el

recuerdo de su madre y su padre, lo llevaba en todo momento hasta hacerle verter lágrimas.

La primera noche la pasaron en un hotel de dos estrellas, un hotel sencillo de la clase media tirando a pobre. La habitación era espaciosa, con una cama ancha y alta de matrimonio, un lavabo con jarra y palangana toalla limpia y dos sofás. Una percha para la ropa y otra para los sombreros o gorras en este caso, ya que entonces los militares siempre vestían de uniforme.

A Natalia le daba vergüenza desnudarse delante de su marido, tan recatada era que a pesar de haber visto de todo en el hospital conservaba la vieja tradición de las mozas de su pueblo, quiso que Arturo apagara la luz una lámpara que no expedía luz muy clara aunque tampoco era mortecina. Por fin la convenció, y la recién casada se quitó el vestido de novia que llevaba puesto y así toda la ropa hasta quedarse en visos, insistió el militar a que se quitase más, pues los hombres nunca están conforme y quieren más y más, pero ella le dijo que ya era suficiente, por fin se acostó en el lecho y a continuación lo hizo él. Sus pechos redondos y turgentes, con su areola rosada fueron tomados por los labios de Arturo, causándole una sensación y placer jamás sentido por la casta enfermera. Luego suavemente la penetró. Ella gimió un poco no se sabe si de placer o dolor ya que aquel cuerpo y aquel sexo eran completamente virgen. Unas gotas de roja sangre mancharon las blancas sábanas, y entonces los dos cuerpos se fundieron en uno, jadeaban y gritaban, aquel sublime acto, de amor porque fue amor infinito amor lo que los llevó al acto carnal, Natalia era más feliz que nunca, y Arturo la acompañaba aunque él como sabemos ya había experimentado aquel gozo.

Cuando el sol traspasaba los vidrios de las ventanas despertaron, de un dulce sueño interrumpido por las caricias de amor y de placer que se prolongaban a lo largo de la noche.

Aquel mismo día a las ocho de la tarde, tomaban un tren expreso, se marchaban al pueblecito de ella, donde transcurriría el tiempo de licencia que tenía otorgada el marido de nuestra amiga enfermera para incorporarse al regimiento Inmemorial nº 1, donde no sabe porque lo trasladaron forzoso. Ella marcharía con él a la capital del reino, dejaba el HOPA, su marido así lo exigía, y ella lo aceptaba con gozo, no quería vivir separada, en Madrid ya encontraría otro hospital, llevaba el título de enfermera, y un certificado de buena conducta y de gran profesional expedido por el director del centro sanitario donde había trabajado tres años.

Más de 24 horas empleó el tren en llegar a la estación de Badajoz, final del trayecto donde se apeó el matrimonio. Nadie los esperaba nadie sabía nada del regreso de Natalia, ni siquiera que llegaría casada, una gran sorpresa se llevarían sus padres. Tomaron un viejo taxi que olía a gasolina por los cuatro costados y por una polvorienta carretera, llegaron a la aldea de nuestra amiga, que estaba unos 30 kilómetros empleando el viejo coche más de media hora.. Los baches eran tan grandes y aunque el taxista evitaba cogerlos, era imposible su intento, así que llegaron casi molidos y llenos de polvo.

Era hora de que casi todo el pueblo se hallaba recogido, pues aunque no tarde ya había oscurecido, el calor era sofocante porque el verano marca en la provincia de Badajoz muchos días más de cuarenta grados, aquel era uno de ellos.

Natalia llamó suavemente con los nudillos a la estrecha puerta de sus padres.

- **¿Quién?**—reconoció la voz de su madre. Tan dulce como siempre a pesar de sus cincuenta años.

- **Soy yo mamá, Natalia.**

Se abrió la puerta y a la luz de una mortecina bombilla que colgaba del techo de cañas y maderos se divisó el cuerpo enjuto de cara arrugada y mata de pelo negro, aquella mujer en sus tiempos debió de ser muy

guapa, pero el paso del tiempo y las fatigas la habían ajado bastante. Un grito de gozo y sorpresa se oyó por toda la calle y casi todo el pueblo.

- ¡Mi Natalia! ¡Mi hija del alma ha venido! Y se fundieron en un fuerte abrazo ¿Porque no has avisado? Juan, corre ven que está aquí la niña.

Llegó el hombre corriendo que se encontraba echándole pienso al ganado, y sucio como llegó abrazó a su hija. El no gritaba no lo escuchaba nada más que su hija que quedamente le decía.- **¿Vienes por mucho tiempo hija?**

No, padre solo quince o dieciséis días. Me he casado y me marcho a Madrid con mi marido.

El hombre quedó anonadado, su hija casada su Natalia aquella niña que jugaba con él y la montaba en el burro cuando llegaba del campo, se había casado y ellos sus padres sin saber nada. El hombre no había visto a Arturo que detrás contemplaba escena.

- Si, padre y a ti también madre. Me he casado. Y este es mi marido. Acércate Arturo estos son mis padres. Saben ustedes es capitán.

Entonces los padres vieron a Arturo, con claridad, pues al permanecer detrás y la luz no ser muy resplandeciente casi no se percataron de su presencia. La madre se repuso de la sorpresa y abrazando al militar le decía...

Hazla muy feliz, ¡es tan buena! ¡Porque no nos habéis avisado?

- Perdóname madre y usted también padre, pero no disponíamos de mucho tiempo, y además el viaje es largo, estáis cansados y se originan gastos, en fin os queríamos dar una sorpresa y aquí estamos.

Juan nada decía pero de vez en cuando se llevaba el pañuelo a los ojos, disimulando que se le entraba briznas de paja, pero en realidad era que se le saltaban las lágrimas, de alegría y al ver a su hija ya casada con un militar de carrera y de tristeza porque tardaría mucho más tiempo en verla.

Misericordias que así se llamaba la madre de Natalia, le preparó su cama, la misma donde engendraron a su hija, y donde vino al mundo. Les puso sábanas nuevas y limpias y removió el colchón relleno de hojas de mazorca de maíz.

- Aquí en mi cama-dijo Misericordias con mucha alegría y contento-dormiréis el tiempo que permanezcáis en esta casa que es la vuestra., espero que durmáis bien, es muy sencilla la cama, allá en esas capitales tendréis mejores lechos, pero aquí somos pobres y nos arreglamos con poco-

Natalia nada decía, pero su marido le daba las gracias, diciéndole que no consentiría que ellos durmieran en otro sitio más incomodo, que ellos eran muy jóvenes y lo aguantarían mejor.

- No, hijo vosotros ahora necesitáis más que nosotros, tenéis que disfrutar de la luna de miel, y no está bien que paséis la noche en una cama estrecha donde apenas cabe una persona. A nosotros nos da igual, dormir en la cama que en el pajar, ya hemos visto de todo.

Se ruborizó Natalia, con las palabras de su madre, pues sabía que las pronunció con picardía

Total que los convencieron, y quedaron instalados en la cama del matrimonio

Arturo lo pasaba muy bien en aquel pueblecito perdido. Daba grandes paseos por los campos de encinas que se extendían al norte, próximo a una sierra donde la jara, el tomillo y otras plantas olorosas y medicinales llenaban el aire de aromas y aires limpios y frescos. Por el sur se extendía la magnífica vega regada por el río donde los maíces, tomates y otras hortalizas y cereales era la despensa del pueblo. Daba largos paseos llenando los pulmones de aquel aire que no tenían en las ciudades. Natalia lo acompañaba por las tardes cuando el calor era menos sofocante y terminaba de ayudar a su madre a las labores del hogar; como ella conocía la huerta le explicaba a su marido la clase de cultivo que había sembrado en las diferentes parcelas, pues el capitán de labranza nada entendía. Lo único que sabía del campo era de tomillos y pinos y lo que se criaba en los lugares de maniobras y marchas, siempre en terreno pedregoso y lejos de cultivos de huerta a pesar de vivir en una región que poseía el vergel más antiguo de España.. cambió el tiempo y los ardorosos calores cesaron en parte. Un céfiro muy fresco reinaba todas las tardes muy agradables para el paseo vespertino.

Natalia se adentraba por el bosque de encinas y alcornoques cortando flores silvestres y le explicaba a su marido el nombre vulgar de cada una, la amapola roja, la margarita blanca y amarilla los lirios que llamaban en el lugar sangre del señor, hinojos y otras variedades las cortaba con regocijo para explicárselo al profano en la materia. Eran muy felices. Ella recordaba sus tiempos de niña, cuando con su padre unas veces y otras con sus compañeras, iban a segar, recoger algodón en la vega y bellotas en el bosque. Se sentaban en el tronco de una encina, y daban rienda suelta a sus caricias y besos, eran recién casados y nunca se cansaban de amarse y acariciarse. Otras veces en las soledades se tendían en la fresca hierba que crecía entre los matorrales a orillas de algún riachuelo afluente del Guadiana y allí hacían el amor. Al terminar ella avergonzada bajaba la cabeza y decía.

- Esto nunca más Arturo, no está bien, pensarás que soy una cualquiera.

- Pero que tonta eres, como voy a pensar eso de la mujer más bonita y recatada que he conocido. Además nada hay de malo, somos marido y mujer bendecidos por Dios, no pecamos ni hacemos daño a nadie.

Entonces ella se levantaba se sacudía el vestido lleno de briznas y lo besaba con ardor apasionadamente como solo lo saben hacer las mujeres enamoradas de su hombre, de su marido. El la apretaba con fuerza hasta que ella protestaba.

- Me asfixia no seas bruto,- y cogidos de la mano como un cadete y una colegiala regresaban a la aldea cuando el astro Rey se ocultaba por las montañas de Portugal para dar paso a la clara noche estrellada.

- ¿Qué me dices Arturo mío de mi tierra? A que es bonita.

El la miraba con ternura para aseverar.

-Sí, muy bonita, aunque sin ti no sería tan bella. ¡Lástima que tengamos que regresar a los ruidos y a la contaminación de Madrid. Por cierto ¿Porque me habrán destinado forzoso? Le extrañaba pues en su regimiento de Valencia, si todos me quieren desde el coronel hasta el último soldado de reemplazo Y lo extraño es que la orden viene del Ministerio del Ejército.

Pensaba y no se equivocaba que aquello seguramente se debía a una estrategia de su madre, para alejarlo de la enfermera. Así era la lista de doña Almudena

Los domingos asistían a Misa en la pequeña iglesia de la aldea, El párroco era un hombre mayor, que casi nunca había salido del lugar. Hablaba con todo el pueblo y a todos conocía hasta los perros como se suele decir lo

conocían también. Siempre llevaba puesta la sotana, vieja y raída. Tenía un ama de llaves vieja pero muy limpia y cocinaba muy bien. Arturo y Natalia era un acontecimiento en aquel rincón agreste y fértil a la vez. El buen cura deseosa de hablar con alguien que le contase cosas del mundanal ruido, después de oficiar el Santo Sacramento, los invitaba a café a la casa rectoral, y algunas veces hasta los invitó a comer, pero rehusaron dada la extrema pobreza en que vivía aquel humilde servidor de Dios como él se definía

Arturo le hablaba de la luminosa catedral de Valencia, de su torre, conocida como el Miguelete para los castellanos y el Micalet para los valencianos. El buen cura, quedaba con la boca abierta, aunque por libros y referencia sabía las maravillas de las catedrales principales del mundo, pero no era igual que verlas personalmente. La buena mujer que era algo sorda, les invitaba a sentarse en las mejores sillas, unas sillas muy antiguas tapizadas de cuero marrón algo despellejadas. El mobiliario era muy pobre, una mesa larga de pino un armario, un chinero y una estantería para los libros. Hacía calor, aunque cuando abría la puerta y la ventana se dejaba sentir una corriente de aire fresco. La casa tenía tres habitaciones en la principal dormía la mujer, y en la más pequeña y oscura el sacerdote. La cocina era de carbón y siempre la tenía bien repleta pues los carboneros agradecidos por favores recibidos se lo suministraban gratis.

El buen hombre les daba consejos, como era lógico en su ministerio, consejos buenos, que se amaran eternamente, que tuvieran hijos y los educaran en la paz y el amor de Dios, que no se entregaran a libertades insanas ni perjudiciales vicios, y que fuesen fieles el uno para el otro, porque de esta forma alcanzarían la felicidad más completa.

Salían contentos y le agradecían al buen cura los consejos recibidos. Prometiéndole enviarle algunas postales de Madrid y sus monumentos, pues ya no irían a Valencia, el oficio de militar es duro, y está sujeto a órdenes superiores, aunque fuesen tan absurdas como la que el acataría.

También charlaban con el único maestro de escuela, y la maestra. Las dos personas y el cura que eran de carrera. El alcalde era muy bueno y campechano, pero el hombre era un labrador casi analfabeto y solo sabía de tierras cosechas y del tiempo que hacía. La alcaldía la llevaba el maestro que a la vez era juez de paz. No sé si lo he dicho pero contaba la aldea con solo 300 habitantes.

Un día les dijo el tío Juan que necesitaba hablarles ,Arturo quedó estupefacto, el padre de Natalia era hombre de pocas palabras, todo lo decía Misericordias, esto por aquí esto por allá, llevaros siempre bien, cuida mucho de mi hija en Madrid, que allí hay muchas cosas malas en fin era la madre la aconsejadora, y la que se ocupaba y preocupaba por ellos, por eso le extrañó a Arturo que su suegro quisiera hablarle y con la seriedad que se lo dijo.

¡Usted dirá padre!- le respondió el yerno con aire de circunstancia.

- ***Pues lo que yo quiero***- dijo el buen hombre casi sonriendo- ***es enseñaros mis propiedades que algún día serán vuestras, pues nosotros no vamos a vivir toda la vida. Y digo que si muero yo antes que ella***- se refería a su mujer- ***quiero que no la abandonéis y si ella no se quiere ir a donde vosotros estéis, al menos venid a verla todos los años o antes.***

- ***Bueno padre, vaya una cosa. Hablar ahora de muerte***- dijo la hija molesta,

- ***Si, hija eso tiene que llegar, ya vamos siendo viejos y es ley de vida. Seguramente yo me iré antes que tu madre, soy mayor y las mujeres duráis más.***

- ***Padre, eso es lo que nos tienes que decir.***

Le respondió su hija contrariada por la conversación poco amena. El hombre quería que se fuesen contentos de su casa.

- **Vamos. Venir que demos una vuelta por mi finca-** invitaba cada vez más ufano el bueno de Juan.
- **- Pues vamos, si usted quiere-** le respondió Arturo.
- Y los cuatro, Misericordias, su marido y sus hijos emprendieron a paso la vereda que salía por las traseras del pueblo. A menos de un kilómetro del lugar se extendía un campo sembrado de algodón. Las cápsulas empezaban a mostrar la blancura nivea del producto. El tío Juan cortó una de aquellas cápsulas y se la mostró a su yerno.
- **- Mira-** le decía- **este es el algodón. De esta planta sale la tela para confeccionar los trajes que llevamos puestos. De aquí van al almacén la hacen balas después de clasificarla y a Barcelona, a las fábricas de tejidos.**
- Los dos tortolitos se miraban y se sonreían, Era verdad lo que decía el dueño de aquello, pero eso ya lo sabían. no obstante siguieron atendiendo a las explicaciones que le daba el labrador-. Dejaron el algodón y se introdujeron por un campo de maíz. Allí el calor era más intenso, ya que las altas cañas no dejaban circular el aire.
- Misericordia, protestaba. Le decía a su marido que a los muchachos lo que le interesaba era otra cosa. Estar solos, pasear por el bosque, aquello no era nada bonito, pero el marido se empeñaba en que vieran todo el terreno que algún día le pertenecería Y le dieron la vuelta a todo el campo unas 10 hectáreas, de regadío, muy bien cultivadas, pues el padre de Natalia era un labrador de los buenos, de esos que sienten la tierra y la aman como a su mujer y sus hijos.
- **- Otro día antes de que os marchéis os enseño las encinas.**
- **- Si, padre como usted quiera pero ya las hemos visto.-** y al decir esto se ruborizó, pues se le vino a la memoria las tardes que salían a pasear por el bosque y los arrullos amorosos que como recién casados se daban, llegando como sabemos a la culminación amorosa y sublime de la posesión
- n, mas por amor que por placer, aunque lo uno vaya ligado a lo otro.
- También le enseñó la "pitarrilla" de vino que de un majuelo sacaba.
- **- Este sí que es buen vino-** apostillaba- **no el que se bebe en la taberna. Y todo será vuestro a no tardar mucho tiempo.**
- A Natalia le molestaba que hablase tanto de su muerte aunque fuese en metáfora y le respondí Sabe Dios los años que vivirán todavía, cosa que ruego a Dios que así sea. Y la falta que les puede hacer todo esto. Arturo con el sueldo que tiene de capitán y yo que aspiro a entrar en Madrid en algún hospital tenemos suficiente, aunque tengamos hijos. Esto cuando ya no pueda trabajar lo vende y con el dinero que le paguen, a vivir bien los años que Dios los quiera tener en la tierra.
- **- ¡Vender mis tierras! Eso nunca-** al hombre parece que le había pinchado su hija con aquellas palabras.- **Esto lo conservaré hasta el fin, luego podéis hacer lo que queráis con ella, pero aquí he nacido y criado y aquí moriré en esta casa que heredé de tu abuelo y el la heredó del mío.**
- Al pobre hombre a pinto estuvo que se le saltaran las lágrimas. No esperaba esa reacción de su hija. Esta dándose cuenta que había casi ofendido al autor de sus días le echó los brazos al cuello y dándole un sonoro beso le pidió perdón. Juan ya más tranquilo le hizo prometer que aunque no pudiera trabajar sus tierras no se las venderían, quería

conservarla hasta su muerte, y aun exigió que si era posible que lo enterrasen en ellas.

- o Quedó Arturo maravillado de la bondad y sencillez de aquella gente, ruda pero humana y bondadosa. En la aldea a pesar de las consabidas críticas todos se volcaron en atenciones hacia la feliz pareja, la hija del pueblecito que supo triunfar en otro mundo tan diferente al que había nacido. El militar hizo amigos, no solo el cura y el maestro, también muchos jóvenes labradores, el barbero y cuántos frecuentaban el pequeño "casino" donde se reunían para la tertulia y beberse algunos vasos de vino. No era gente culta, no era gente principal no, eran sencillos pero honestos, palurdos si queremos, pero razonaban y comprendían los méritos de Natalia, la muchachita algodонера criada entre terrones a la sombra de higueras y frutales sin muchos conocimientos, que un día salió para trabajar de limpiadora en un lejano hospital a mas de cien leguas del lugar, y volvía toda una señora, sin lujos pero con buen vocabulario y acompañada de un mando del ejército que la había tomado por esposa. El cura se congratulaba y aunque para el no era de tanta importancia como las comadres y labriegos los creían no podía de alabar a una muchacha mas por su posición actual, por el tesón y aplicación en el estudio para ser enfermera, y más llevar ilusión y esperanza a tato desdichado y desdichada que casi nada esperaban de la vida solo marcharse de ella sin sufrir demasiado, porque en los hospitales se curan los enfermos que tienen cura, pero ¡ cuántos salen para morir en casa...! Y muchos ni siquiera llegan a su hogar, y era estos a los que nuestra amiga les daba el consuelo, estos seres que casi nadie se arrimaba a ellos por temor al contagio, era donde la hija de Misericordias, porque al igual que el bonito nombre que su madre llevaba con orgullo, ella lo practicaba con amor.
- o Se agotaban los días de vacaciones y la feliz pareja tenía que regresar a su destino, pero antes de ponerse en Madrid, quisieron visitar y despedirse de sus compañeras y compañeros valencianos. Y una mañana muy temprano, Juan enganchó su mula al carro y por los caminos polvorientos los llevó a la estación del tren donde bajaron. Los acompañaba Misericordias, quería permanecer más tiempo con sus hijos, especialmente con su Natalia, y después de cuatro horas de viaje llegaron a la estación media hora antes de partir el expreso para Madrid. trasbordo en Alcázar de San Juan, y se desviarían a Valencia, Al despedir en el andén, Misericordias le baño a los dos esposos la cara con sus lágrimas, el bueno de Juan se hacia el duro, pero cuando la locomotora cubrió el andén de vapor porque emprendía la marcha, dos lagrimones resbalaron por sus mejillas,- **La culpa la tiene este humo**- dijo disimulando a su mujer.

16

Llegaron a la capital levantina, cansados y sucios. Natalia ya no disponía de la buhardilla, pero una compañera le abrió la puerta de su piso, y en él se ducharon asearon y durmieron aquella noche. Era una buena enfermera amiga de todas y servicial en todo.

Al día siguiente, lo primero que hizo Arturo es visitar cuartel y a sus compañeros. Lo recibieron con muestra de cariño y compañerismo, como está programado en Reales Ordenanzas Militares. El Coronel, que era nuevo lo invitó a su despacho, quería hablar con él, le aclararía el porqué había sido destinado a Madrid. Amablemente le dijo que se sentara en el sillón de cuero con los emblemas del arma de infantería que estaba al otro lado de la mesa, le ofreció un cigarrillo que el capitán aceptó, y empezó así su diálogo.

- Sabes por qué has sido destinado a Madrid ¿no?

Me lo figuro- respondió el marido de la enfermera, que creía que todo se debía a una treta de su madre, para que no se casara con Natalia y no se equivocaba.

. Bueno muchacho. En este regimiento todos estamos muy contentos contigo, pero la vida militar es así...- se cambió de postura y continuó...

- La orden viene ni más ni menos que del Ministro del Ejército, alguien quiere tenerte en la capital, y vas bien porque no te mandan a una compañía, vas a oficina de la Plana Mayor, serás el que mandes en ese destino. Por debajo tienes a un alférez un brigada, dos o tres sargentos, cabos primeros cabos y algunos soldados.

Arturo también se removió del asiento como si le pinchara y respondió al superior.

- Con el debido respeto mi Coronel, me marchó a Madrid disgustado, yo me encontraba muy a gusto con mis hombres, tanto los oficiales como los suboficiales e incluso la tropa. Sé de donde viene todo esto, es obra de mi madre, para impedir que me case con la enfermera porque no es de su rango, es una plebeya según ella, no viene de sangre azul como yo, pero ya ha acudido tarde, estamos casados.

- ¿Sin pedir permiso ni nada?-

- Así es mi Coronel, si pido el permiso reglamentario a la vicaria castrense seguro que no me lo conceden por lo que he actuado faltando a las ordenanzas. Arrésteme, soy digno de ello.

- No, ya no perteneces a este regimiento de mi mando, y aunque así fuera, no lo haría, el amor está por encima de toda ordenanza. Muchacho, te deseo mucha suerte, en tu nuevo destino se que la vas a necesitar. Ahora despídete de tus compañeros y subordinados. Aquí tienes mi mano- y el superior levantándose del sillón le tendió la mano que estrechó con fuerza.- **Y si en algo puedo servirte, no dudes en pedírmelo.**

- Muchas gracias mi coronel.

Se levantaron los dos de sus asientos y, saludando militarmente se fue a la compañía, a despedirse no solo de los oficiales y suboficiales también lo hizo de la tropa, que sintieron mucho que se marchara, porque Arturo era un compañero mas salvando las diferencias, era afable con todos y nunca arrestaba, su lema era aconsejar, más que arrestar, ni se daba la importancia que su graduación a veces requería, como el existían pocos.

Con Natalia se dirigieron al hospital, y allí todas y todos los recibieron con muestras de mucho cariño. Las enfermeras al enterarse que se marchaba definitivamente, lloraban. Entre todo el personal le regalaron una placa conmemorativa y bombones y ramos de flores. Se quiso despedir de los enfermos, y recorrió todas las salas. Muchos habían sido dados de alta pero otros permanecían hospitalizados. A todos y a todas besaba, deseándole pronta recuperación, aun sabiendo que no tenían alguna solución posible a su enfermedad. Fueron todos y todas a despedirlos a la puerta del edificio, incluso los que estaban mejores y paseaban por los pasillos, también se unieron a las enfermeras y amigos para darle el adiós y desearle mucha suerte en su nueva vida y en Madrid.

Aquella misma noche en el tren rápido de levante emprendieron viaje a la capital del reino.

En Madrid se instalaron en uno de los pabellones para oficiales del cuartel. Estaba reservado para Arturo, todo lo había dispuesto doña Almudena, que como sabemos tenía relaciones con lo más alto de Madrid en la cúpula militar y también civil,. La buena señora no contaba con que su hijo llevase con él a la enfermera de la que se había enamorado perdidamente, como no le dieron cuenta de la boda creía que ella se había quedado en Valencia. No fue tampoco a ver donde se alojaba su hijo, **" Ya iré otro día ahora tengo otros asuntos pendientes**-Se decía, como si hubiese otra cosa más importante que conocer la casa de su hijo, para ella lo principal eran sus tertulias no muy honestas a veces que se diga. Sabemos que su marido el padre de Arturo quedó en Valencia, pues el matrimonio no funcionaba como Dios manda.

La noche que durmieron en el cuartel, donde la habitación había sido amueblada ligeramente con muebles muy sencillos, aunque estaba cubierta de todo, su cama de matrimonio, ropero, sillas mesitas de noche (2) una a cada lado de la cama, y un cuadro pintado al óleo por un pintor desconocido, representando a la Purísima Concepción la Patrona de infantería. Todo lo habían comprado aquel mismo día antes de ocupar el pabellón, y entre los vendedores y los soldados se lo colocaron todo así como limpiaron la vivienda.

Natalia tuvo un mal sueño, y así se lo hizo saber a su marido, que preocupado creyendo no estar a gusto en aquel lugar le dijo que se lo contara.

- No es que este mal aquí, aunque la verdad echo de menos mi hospital y Valencia, pues ya conocía la ciudad y me encontraba bien, pero la mujer debe seguir al marido donde este vaya, tu vida es en Madrid, yo encantada, ya sabes que quiero buscarme un hospital o clínica donde poder ejercer de enfermera, me gusta y mientras pueda así lo haré, buscaremos una doncella, una muchacha de pueblo para que cuide de nuestra casa una chica que nos ofrezca confianza y seremos felices. No lo crees así Arturo mío. Este la besó en los labios y en los pechos turgentes y tibios para susurrarle al oído como si alguien los escuchase.

- Me parece una buena idea, como siempre tu sabes siempre tenerlas pero no me has dicho en qué consiste el mal sueño.

Ella en aquel momento se hallaba emocionada, ardorosa por lo que le suplicaba que la poseyera, después le contaría el sueño, ya que pudiese ser una amenaza fehaciente a la felicidad que gozaban.

Arturo la poseyó suavemente, Natalia sentía un placer infinito, uno de esos placeres que que solo siente la mujer enamorada profundamente de su esposo, y también participa en su felicidad. Cuando terminaron, Natalia suspiró y empezó de esta manera.

No me abandonarás nunca vida mía. No te cansaras de mí, no influirá alguien en nuestra dicha.

- ¿Qué cosas dices? Nadie, no ha podido mi madre...

- De eso se trata el sueño, pues he soñado que tu madre se vengaba de mi diciendo que le he robado a su hijo, y que no lograre que le quite el honor y haya estropeado una boda con la señorita Petronila de tu alcurnia.

- Pero que tonta eres si ni siquiera sabe que nos hemos casado. Yo soy libre de hacer lo que me venga en gana, esa mujer con que quería casarme nunca me hubiese hecho feliz así que no temas por nuestra dicha, que nadie logrará destruir nuestra felicidad.

Pero Natalia no se equivocaba. Doña Almudena se enteró de que le jugaron una mala pasada según ella, se enteró por el Boletín Oficial del Ejército, que como mujer de militar de alta graduación leía en los salones del gran casino militar.

Cuando leyó la noticia montó en cólera, tiró el periódico contra el suelo y berreaba como un toro, echaba espuma por la boca.

- o Se salió la plebeya zorra con la suya, lo capturó, era la intención que tenía y lo ha conseguido. A doña Almudena se le vinieron a tierra todos sus proyectos. Quería casar a su hijo con Petronila que como sabemos era marquesa y así directamente ser el el marqués, al llevar este título ascendería considerablemente, ya que la vida militar le gustaba, al descender por la línea paterna de este evento. Si renunciaba al ejército, sería un gran hombre en la sociedad madrileña y como la marquesa llevaría una dote de muchos millones en dinero fincas y alhajas, la fama sería considerable.
- o - Y se ha casado con una simple enfermera, una vulgar campesina, de un villorrio de Extremadura, acostumbrada solo a vivir entre cerdos y cabras. Para la rumbosa señora no había otra cosa que la relumbrante sociedad madrileña, o sea que era lo único bueno que veía. Supo lo que hizo Natalia por su hijo, supo los desvelos que se tomó, la alegría que le llevó cuando se encontraba herido, todo lo conocía, y la fuerza que tiene el amor, bueno esto no lo conocía porque ella nunca había amado., se caso con el padre de su hijo por el brillo del uniforme, por asistir a los círculos militares más altos, y así hizo amigos en el ministerio en todo lo más alto de la cúpula, para ella era lo importante, el amor era una simple tontería de niños, una chiquillada.
- o Allí mismo delante de todos los Jefazos y sus distinguidas damas, juró vengarse hasta lo más repugnante e inverosímil, Natalia iba a ser calumniada vapuleada hasta que se apartara de su hijo y para ello no demoró ni un segundo puso mano a la "obra" al momento.
- o Ya no le importaba que su hijo fuese destinado a África al Aaiún a lo peor que existía del territorio español, Lejos, muy lejos, donde carecieran de todo, donde se le hicieran los días insoportables a su nuera, que llorara y sufriera hasta pedir regresar a España, que se fuese a su pueblo, a recoger aceitunas, o que se quedara limpiando pus en cualquier hospital de los más repugnantes, pero que dejara a su hijo, ella se encargaría de que Arturo se olvidara de ella, y pidiese el divorcio, aun tendría tiempo para casarlo con la marquesa, porque la pobre era tan poco agraciada que nadie cargaría con ella, de su clase y ella (Petronila) tampoco aceptaría un paria. Esto no lo consiguió. Removió Roma con Santiago, pero en consideración a los méritos de Arturo y a la intervención válida de su padre que enterado de las artimañas de su mujer puso en marcha sus méritos y graduación, no aceptó el Ministerio su traslado fuera de Madrid. La rabia era tal que a punto estuvo de darle un síncope, pero no cedió y buscó otras artimañas aun peores para la joven y simpática muchacha.
- o Estas personas tiene n amistad también con lo peor de la sociedad, bien porque le han hecho algunos favores, o porque esperan dinero de ella.
- o Fue a casa de un hombre sin escrúpulos y le expuso un plan. Quería que convenciera a la muchacha a Natalia, que intentara por todos los medios que se entrevistara con él, que le dijera que había una enferma en su casa, puede ser su mujer, su hija cualquiera, la cosa era que la llevase a casa del cómplice de

doña Almudena. Esta le dijo que era muy sensible, una tonta enamorada de su profesión de enfermera, y que conocía algunos rudimentarios conocimientos de medicina, sobretodo curar heridas, granos, llagas y esas asquerosas enfermedades. Solo le tenía que decir que era muy pobre y no disponía de dinero para avisar un médico, que su mujer padecía de un absceso y se le había infectado y no tenía dinero para llevarla al hospital, ni para que la visitara un médico y como él se había enterado del gran corazón que tenía por eso lo llamo.

- A punto estuvo Natalia de caer en la trampa, pero la providencia la salvó. Acertó a pasar por allí una pobre mujer despeinada y sucia a la que el rufián había engañado, y explotado con sus sucias artimañas y como no tenía otra defensa empezó a insultarlo.
- - **Canalla, desalmado**-decía la desgreñada., no tienes bastante con el daño que me has hecho que quieres hacerlo a otra pobre mujer ignorante de lo que eres... El sujeto se paró en seco y empezó a mirar hacia los lados por ver si venia alguien. La desgreñada no dejaba de insultarle y Natalia estaba confusa.
- - **No le crea usted nada de lo que dice, que todo es mentira, seguro que la lleva a su casucha con engaños, es falso lo de la mujer enferma, el tiene más mujer que a las pobres desgraciadas que se ven en el peor trance de su vida , hacerse de algún dinero para comer o darle de comer a sus hijos, luego después de que le proporciona el hombre , que suele ser otro desalmado como el normalmente, no le pagan y se quedan con el dinero que le han ofrecido a la desdichada. Me ha pasado a mí y a otra pobre mujer que ahora se encuentra en el hospital de la caridad por culpa de el, sin dinero y embarazada. Una pobre que vino no se sabe dónde, pero que harta de pasar hambre, comiendo bazofia de cuarteles y asilos tuvo necesidad de este canalla.**
- - Y tuvo aun más suerte Natalia, porque en aquel momento pasaba un guardia y la desgreñada, lo llamaba a gritos. El guardia urbano, que conocía al sujeto de otras veces, y ya había pisado la cárcel, le invitó a que lo acompañara a la comisaría, y sin poner resistencia se marchó con el guardia que lo sujetaba fuertemente por el brazo.
- Esta clase de hombres no eran amigos de doña Almudena, pero mantenía contacto con ellos para fines como estos o peores si peores los hay. La dama que se hallaba oculta para caer sobre la incauta nuera, se dio a todos los demonios y farfullando y maldiciendo se largó a su casa, claro que iba vestida de pordiosera para no ser reconocida; le salió el tiro por la culata.

17

1. Ya conocemos el afán que le impulsaba a nuestra querida enfermera a buscar colocación en un hospital. Su corazón por llevar consuelo

y esperanza a los desdichados no tenía límites, y buscaba sin desfallecer ser admitida en cualquier hospital de Madrid. En los principales no encontraba lo que buscaba, no había plaza, todas estaban cubiertas. Así dos o tres días hasta que una compañera del cuartel, esposa de un sargento (ella no se daba ninguna importancia, alternaba con las mujeres de los suboficiales y de soldados porque no había en el cuartel, sabido es que entonces eran mozos del reemplazo todos solteros, si las hubiera habido ellas serian como las de los altos mandos para ella) por esta humildad y sencillez muchas esposas de comandantes, capitanes y hasta tenientes, le daban de lado como ce suele decir.

En fin que aquella mujer de sargento, cargada de hijos había visitado muchas veces el hospital de la caridad, donde los curaban y acogían de caridad, como su nombre indicaba.

- **En ese hospital**- le decía la "sargenta" casi siempre hacen falta enfermeras, hay monjas, pero también los médicos a los médicos les gustan que haya enfermeras, porque son más ágiles, y a los enfermos que van allí les infunde más confianza. Y sin pensárselo dos veces Natalia se encaminó al hospital que por ser de caridad lo bautizaron con el nombre de su madre, es decir Hospital de las Misericordias. Como llevaba las credenciales del HOPVA, no tuvo ninguna dificultad para entrar a trabajar como enfermera titulada, que así rezaba en sus papeles.

El hospital era muy pobre, y como tal en el solo había enfermos y enfermas de lo más humilde, obrera que no podía costearse otro de mas categoría (En el tiempo de esta narración aún no existía la Seguridad Social. Aunque estaba en proyecto). En aquel centro no existía el privilegio, todos eran cortado por el mismo rasero, claro que con los medios con que contaba eran muy limitados, se sostenía con ayudas del Ayuntamiento y algunas del Estado y el Clero. Ya dijimos que la mayoría de las enfermeras y asistentes eran monjas, por lo que nuestra amiga era casi la única enfermera con título oficial que se movía por los corredores de aquel inmenso hospital, semejante mas a un cuartel o prisión que a centro de salud.

Allí sí que se respiraba podredumbre, el de Valencia era un bosque de pinos si lo comparamos con el de la Misericordias pero a nuestra querida amiga no les importaba, ella quería ayudar a los más desgraciados y allí se encontraba para ello. Temía que cuando se enterase su marido del aire que se respiraba en aquel "lazareto" la retiraría inmediatamente de él, pero ella pondría resistencia y lo convencería con palabras de compasión hacia aquellas personas que la vida le había deparado aquel destino, eran los desheredado de la vida, los más miserables del planeta, entre los hombres se encontraban los desafortunados, mendigos, rateros de poca monta, porque los grandes ladrones que eran los de guante blanco sin temor a la policía ni a los jueces, iban a los mas señoriales, prostitutas, madres solteras que habían vuelto a caer, unas veces engañadas por algún desalmado o voluntarias para dar de comer a su hijo y comer ella misma, casos como el de una joven que ejercía la prostitución por las esquinas, y cogió una grave enfermedad venérea También los había rufianes, gitanos gente del mal vivir que navaja en mano se peleaban por ajustes de cuentas, en fin toda la escoria de la sociedad, unos por azar del destino y otros por no haberse enderezado a su debido tiempo, teniendo ocasión para ello. En ese ambiente se iba a desenvolver Natalia, solo por amor al prójimo ya que no le hacía falta para vivir desahogadamente, con el sueldo de su marido le bastaba, además allí ganaría muy poco, nada pues el mísero sueldo que le daban se lo entregaba a los más necesitados, pero de allí sacaría el tesoro más preciado para una madre, que es un hijo. Ya lo veremos.

Y... como siempre no pasaron ni cuatro días en que no se ganara la

admiración y confianza de todos, médicos y enfermos, incluidas las hermanas de la caridad, o las monjas que algunas no vieron con muy buenos ojos (y eso que eran hijas de Dios) que una mundana interviniera en los enfermos, sin obligarles a que rezaran por la salvación de sus almas.

Aquellos infelices que la mayoría salían de allí para ser enterrado su cuerpo en la fosa común de un cementerio, o servir de estudio en San Carlos, a los aspirantes a médicos, por no tener quien reclamase su cadáver. Muchos eran llevados por la policía que los recogía de las calles nevadas moribundos, andrajosos y febriles,. Estos les interesaba mucho a los médicos, porque al no tener quien reclamase su cuerpo después de muerto, enseñarían a los futuros cirujanos y galenos a ser unos buenos médicos.

Las monjas todas, se mostraron pasado los primeros recelos amigas de Natalia y lo mismo. La Superintendente Sor Teresa, como sor Mercedes y sor Beatriz la vieja enfermera Luisa, que llevaba mucho tiempo en aquel hospital, . Entró de auxiliar y se quedó ` porque no tuvo otro sitio donde colocarse, aunque con los años le tomó cariño a aquellas viejas paredes que ya no intentó buscarse mejor colocación. A todas cambió Natalia, eran apáticas, remisas, frías y no se les movía la conciencia por los desgraciados y desgraciadas internos, ellas si, cumplían con su deber pero como obligación, como una máquina que marcha mientras tiene que marchar, pero sin entusiasmo sin altruismo y lo mismo les daba que un enfermo curase como muriese. También es verdad que habían presenciado tantos casos que estaban inmunizadas de todo.. Pero Natalia las cambió, es difícil cambiar a personas endurecidas por tanta desgracia vivida y acostumbrada a ellas, pero también eran almas, y la verdad no eran malas, lo que ocurría ya lo hemos narrado, estaban inmunizadas ante cualquier desgracia, ante la muerte y los lamentos y llantos de los infelices moribundos.

Pero al igual que en el hospital de Valencia, se oiría el nombre de Natalia como si la Divina Providencia la hubiese enviado a aliviar los dolores que sufrían los mas parias del mundo.

Natalia, ven, guapa bonita ponme bien la venda ¿Bendita seas! ¡Muchas que hubiera como tú en el mundo, entonces otra cosa sería, Como tu ninguna ¡ Qué guapa y que buena eresi Y así se les oía piropear a todos y todas, en especial a los hombres. Y ya sabemos, ella estaba dispuesta en todo momento, a ayudar, e en todo, llevando sonrisas y a veces dinero del suyo a los enfermos menos favorecidos. Los alentaba, les sonreía, les contaba cuentos y chistes ` para que no pensarán en su enfermedad ni su situación. En definitiva nunca como ahora, aquel centro de desgraciados se encontró más a alegre y optimista... Y lo mismo los médicos, como practicantes, monjas y limpiadoras, se sentían alegres e incluso identificada con ella.

Gracias a ella aquel hospital olvidado de los hombres, pues no merecía gastarse mucho dinero en parias ni mujerzuelas, como si no fuesen personas humanas con dolor y sentimientos como otras de más suerte, aquel triste y lóbrego hospital, se convirtió en un centro de curación tan digno como cualquier otro, porque Natalia se preocupó de que lo limpiaran bien, cambiaran camas viejas, sábanas sucias por nuevas y muchas cosas ¿ De dónde venía el dinero?, de los escritos que hacía, a las Autoridades Sanitarias, que nunca nadie se preocupó, de los ricos que les enviaba cartas pidiendo dinero para paliar el dolor y las desgracias de la vida; muchas peticiones caían en saco roto, pero otras que movían la conciencia de los más sensibles, enviaban dinero por correo, o ellas mismas (señoras de alta alcurnia que también las hay buenas) ellas misma se personaban en el hospital y entregaban en la dirección la cantidad que creían suficiente para esto o aquello. En fin que lo mismo en

Valencia como en Madrid, aquella campesina extremeña, fue el consuelo y esperanza de cuanto sufrían en sus carnes el martirio de la enfermedad.

* * *

Doña Almudena, se enteró por sus amistades la labor de su nuera, pero como era orgullosa y no disponía de un gran corazón, no se inmutaba, y con rabia contenida, decía que bueno pero que lo hacía como lo que era una plebeya de tantas, no motivada por la caridad si no por el dicho de la gente de que era buena.

Quiso otra vez convencer a los altos mandos militares, de que trasladaran a su hijo a Valencia, pues visto que no consiguió nada, sobre la separación del matrimonio por considerarlo un bochorno para su rango, por aquella mujerzuela como catalogaba a su nuera, llegó a lo más horrible y malévolo, como sabemos pero fue más allá, en su odio hacia la muchacha.

Un día fingiéndose enferma mandó mediante un criado a llamar a su hijo, advirtiéndole que solo fu3se él. Porque si se presentaba en su casa con su mujer ninguno de los dos traspasaría el umbral de la puerta. Parece mentira que por orgullo malsano de linaje, llegue una madre a lo que vamos a saber, pero así es.

18

Tentado estuvo Arturo de acudir a la llamada de su madre, pues el criado se lo dijo muy claro. "De parte de su madre doña Almudena que vaya usted a verla, pues dice e encontrase enferma pero me ha advertido que le diga y que no se me olvide si quiero mantener mi puesto que la señora, bueno la verdad que no fueron estas palabras con las que se expresó.

- o **¿Cual entonces-** dijo el militar apretando los labios y los puños en señal de disgusto.
- o - **Pues señor perdone usted pero su madre dijo, esa zorra que ha atrapado a mi hijo. Palabras que no oyó Natalia, ya que se encontraba en el hospital.**
- o Arturo despidió al criado asegurándole que no tardaría en ir a visitar a su madre.
- o ¿Qué hijo no se estremece ante la enfermedad de la que le ha dado el ser? Tiene que ser muy malo para no ir a visitarla, al lecho, pues eso fue lo que entendió que su madre se encontraba postrada en la cama,
- o Y ajustándose el uniforme, pues sabía que a su madre le encantaba verlo de militar más que de paisano se personó en la casa de su madre, que no fue suya por culpa de una "mujerzuela rustica y sin educación" según ella.
- o Cuando Arturo penetró en el suntuoso salón donde su madre se encontraba sentada en un sillón muy cómodo, y rodeada de todo lujo, comprendió que todo había sido una farsa. Su madre no presentaba aspecto de estar enferma. Vestía con traje de calle, seguramente dispuesta a asistir a alguna tertulia de las suyas, no se levantó del sillón tapizado en terciopelo rojo,

despidió a la criada que le servía hasta un vaso de agua, como si ella no pudiese cogerlo y le dijo a su hijo, primero en tono maternal, pero cuando veía que su hijo no accedía lo que ella le suplicaba montó en cólera y lo echó a la calle. No lo besó aunque Arturo si lo hizo fríamente otra cosa no se merecía visto el recibimiento poco caluroso del que fue objeto por su madre.

- - **Hijo te he mandado llamar, porque quiero hablar contigo seriamente.**
- - **Yo madre, he venido porque me han dicho que está usted enferma, y veo que me han engañado.**
- - **No, no te han engañado, estoy enferma del alma al verte despreciado todos tus compañeros y sus esposas, por medio de esa mujer.**
- - **No es esa mujer madre, es mi esposa mi mujer, la que algún día le dará un nieto,**
- - **Eso no, yo nunca seré abuela de un hijo de esa mujer, que nunca se sabe si será tuyo o no. Mira hijo es una enfermera alegre, que según tengo conocimiento se codea con todo el hospital, ¡Y qué hospital Dios mío! No te da asco donde trabaja, ni lo que te he dicho antes, ¿Quién sabe si no tiene relaciones con cualquiera dado lo alegre que dicen que es?**
- Arturo cerró los puños y apretando las mandíbulas le dijo a su madre.
- - **No se lo consiento aunque seas mi madre que trate a mi mujer de puta cuando es mucho mejor que usted. A cualquier madre estas palabras le hubiesen causado una gran desazón, mas tratándose de su hijo, pero para la orgullosa dama, ni se estremeció, se puso de pie lentamente y señalando la puerta con el brazo extendido le conminó a que dejara la casa.**
- **Vete de mi vista, has ganado una zorra y has perdido una madre. Ah y no se te olvide, quedas desheredado de todos mis bienes, mejor lo doy a un convento de monjas que a ti para que esa mujerzuela lo disfrute.**
- - **No me hace falta madre, nuestra sencillez es tan grande que nos basta con el sueldo de capitán y aun nos sentimos afortunados, otros pobres ganan mucho menos y son felices.**
- Tentado estuvo de dar un portazo al salir, pero recapacitó al instante, era su madre y al fin y al cabo un hijo tiene que mostrar cierto respeto a la que lo trajo al mundo, pues es lo que hizo porque de cuidarlo y mimarlo de pequeño se encargó otra santa mujer, por unas míseras limosnas, a la que llamaban niñera-criada. La puerta le cerró suavemente.

19

A pesar de la dulzura y bondad de Natalia y de la amabilidad que recibía por parte de su marido, sin faltarles nada ya que con lo que ganaban les sobraba para vivir, hasta tomaron a Pilar una muchachita muy linda, para que le llevara la casa, pues sabido es que Natalia no podía atenderla como quería por su trabajo en el hospital no tenían felicidad plena. Es muy difícil encontrar la dicha completa en los hogares del mundo, los pobres casi siempre por falta de dinero, y los ricos porque quieren más o

por muchas cosas de la vida, entre ellas infidelidades, aunque esto también en los pobres se dan casos, en fin que no existe la felicidad plena,. En la casa de Natalia y Arturo era por otra cosa. Por mucho que lo intentaban, el vientre de la enfermera se mostraba estéril, no concebía, y esto entristecía a la pareja, aunque nunca se mostró el capitán indiferencia ni desamor a su querida mujer, pero ... no eran ni el uno ni el otro feliz como si hubiesen tenido un hijo.

Los médicos no sabían las causas, pues estudiaban el aparato reproductor de **la enfermera y lo encontraban normal. Tal vez si cambiara de aires... le decían, porque a veces un simple cambio de clima es suficiente para que la mujer conciba.**

- ¿Quieres mi vida que retornemos a Valencia? O tal vez a tu tierra, ya llevo el tiempo reglamentario en Madrid y puedo solicitar el destino que me apetezca, mi madre ya no va a intervenir en nuestros asuntos.- El le había contado todo lo acaecido en casa de doña Almudena. Pero Natalia no mostró gran interés por marcharse de la capital de España, es mas no quería por eso respondió a su marido.

- No me gustaría marcharme de aquí, ya conocemos a Pilar (esta era la doncella) es muy buena la tengo como si fuera mi hermana, se pota bien. Tú no tienes que bregar con la tropa según me dices, y lo principal, no quiero dejar el hospital. En las Misericordias me quieren tanto, que seria para mí un golpe duro dejarlo. Muchos enfermos me quieren como a su madre, confían en mí y creen que yo les llevaré la salvación ¡Pobres! No la tienen pero yo los engaño y así son más felices dentro de sus dolores. Vamos a esperar unos años más. Luisa la enfermera y yo nos comprendemos, y también las monjas, los médicos están contentos conmigo dicen que yo he llevado la dicha aquel valle de lágrimas. No está bien que ahora los abandone.

- Eres demasiado buena mi amor. Pero... ya sabes lo que dicen los médicos que quizás cambiando de aires podemos tener el hijo deseado. Eso es cosa de ellos, yo sé que no te hago feliz, y eso me hace verter lágrimas. Pero ni allí ni aquí **--Dios nos premiará con el hijo deseado. Déjame aquí un tiempo más. Llegan muchos casos tal vez llegue el hijo deseado. Sé que mi vientre está seco, pero muchas madres los dan por no poder sustentarlos, otras llegan solteras y quieren deshacerse de él, nosotros podemos adoptarlo, es mas recogerlo recién nacido y inscribirlo y bautizarlo como hijo legítimo nuestro.**

Arturo quedó dubitativo con las manos en la cabeza y los codos apoyados en la mesa; así permaneció unos diez minutos, se levantó y le sonrió a su amor, luego despacio musitó.

- Tu ganas como siempre Dios quiera que ese hijo me lo traigas pronto, y se fundieron en un beso de amor y un abrazo siendo sorprendidos así por Pilar la doncella que fue a pedir instrucciones a su ama, y como la trataba como a una hermana no pidió perdón si no que riéndose dijo.

- Cuando yo me case quisiera ser tan felices como sois vosotros.

-- Si, tú lo serás mas- dijo Natalia, porque de ti nacerá un niño, Dios no ha querido darme a mí ese don de felicidad que casi todas las mujeres tienen.

Aquella era una fría mañana del mes de febrero. Las calles y plazas de Madrid se cubrían de un manto blanco inmaculado, nevaba, y aquella nieve que Dios enviaba cubría las suciedades que todas las ciudades presentan. Los sin techos los indigentes, eran recogidos por la policía y Cruz Roja, para albergarlos en locales que improvisaban para el caso, y lo hacían para que no muriesen de frío e inanición en plena calle, medio por caridad medio para evitar la desagradable visión de un cadáver en plena calle, pues no eran pocos los que solo tenían un banco del parque como cama, cartones de colchón y las estrellas por techo. Comían las sobras de los cuarteles y conventos, y con algo que sacaban de implorar la caridad. Cuando el tiempo era bueno, nadie se preocupaba de ellos, pero en tiempo invernal por lo que hemos dicho eran recogidos.

Natalia aquel duro día trabajaba como siempre, llevando consuelo y esperanza a sus enfermos, Estaba en la sala de la mujeres. Luisa la enfermera vieja, recibía a los enfermos que llevaba la policía los que no podían ni andar para ir al albergue. Natalia con sor María, llevaban mantas para abrigar a las mujeres que en aquella sala corrida como una galería estaban tiritando, tanto es el frío que hacía. Cuando oyeron gritar a Luisa.

-¡Natalia!..¡Natalia! gritaba con todas sus fuerzas.

¿Que sucede Luisa? A qué viene tanto alboroto.

- Que han traído a una mujer muy enferma. Y está encinta, muy avanzada, quizás no pase de hoy. La han traído dos guardias dicen que la han encontrado sin conocimiento cerca de las Cibeles, tendida en el frío y duro suelo.

- ¿Dónde está? ¡ Voy al momento!- dijo Natalia, y un presentimiento paso por su mente

- Entre sor Teresa y yo la hemos llevado a la sala de las embarazadas, pero hay que trasladarla y avisar al médico está a punto de parir. Te llamo a ti porque tú tienes más experiencia y valor que nosotras por si llega el parto antes que el médico.

Natalia de una carrera se puso en la citada habitación. Y no hizo más que traspasar la puerta cuando lanzó un grito de sorpresa impresionada por lo que vio. Tendida en la cama había una mujer, demacrada vestida de harapos, y maloliente, su vientre anunciaba que pronto iba a ser madre.

-¡Dios mío! – exclamó. Es posible lo que veo o estoy soñando, y le cogió la mano.

Entonces la parturienta despertó del letargo abrió los ojos y la conoció.

- No, Nata..lí- decía con la voz entrecortada por las fatigas y la emoción- No es..tas...so...ñan...do, soy..yo. Tú amiga. Per..dón! ¡iper...don! Por no haber...te he..cho caso..dame un beso.- Y Natalia con lágrimas en los ojos besó aquella cara demacrada y macilenta, era como ya habrá adivinado el lector o lectora, Amelia, la artista, la que renunció a ser enfermera para ganar dinero y fama. Si, lo ganó pero fue el desprecio de la sociedad madrileña, una sociedad que muchas veces juzga a las personas sin compasión y sin saber las causas de su infortunio. La pobre Amelia cayó en lo más bajo que se pueda caer, hasta el punto de ir a un hospital de lo más pobre y mísero de España, el de Las Misericordias de Madrid.

Una vez superado el estupor y la sorpresa, Natalia puso en movimiento a todo el personal que encontraba a su paso para que le preparasen a su amiga la mejor cama posible de las que existían en el hospital, que como sabemos no eran muchas ni mejores que otras, pero se esforzaron algo y la aposentaron en una sala sola, que no era de mucha comodidad ni extensión, pero estaba más en consonancia con su estado que en la corrida nave donde permanecían las otras enfermas.. Y Natalia permaneció a su lado hasta que dio a luz. Le contó su vida, que nosotros aquí resumimos.

Cuando bajó del tren, se internó por las calles de Madrid, para buscar

trabajo, cualquier trabajo. Llegó sin dinero, pues el sinvergüenza de don Anselmo no le pagó nada. Deambuló por el centro de la ciudad, fue aquí y allí, pero nada, todo estaba ocupado, en ningún sitio se precisaban obreras para trabajar, ni tan siquiera en el servicio doméstico. Viéndose desamparada, y sin saber qué hacer, se fue a la cola de los mendigos, porque allí uno le dijo que con una poca de suerte podía comer. No llevaba plato ni cuchara ni lata. Una mendiga que tenía dos latas le dejó una, también entre los más desgraciados existe la caridad y la solidaridad, y pudo comer las sobras del rancho que repartía un soldado en la puerta de un cuartel. Dormir lo hacía en los bancos de los parques, o en algún solar entre basuras. Otras veces en una obra en construcción, así estaba bajo techo, pero en estos lugares existían guardas, y como en todos los sitios existen desalmados y sin conciencia ni escrúpulos cohabitar con ella, por un mendrugo de pan o una lata de sardina, y a la desdichada todo le daba igual, ya estaba perdida. Una mujer un día le propuso una casa "decente", pues era joven y guapa y allí podía ganar mucho dinero. Aquella casa un burdel de mala muerte, fue su perdición completa. Lo regía un, mal hombre, que se quedaba con casi todo el dinero de las pupilas. Y cuando vio que allí la explotaban se escapó, pues la tenían entre el rufián y su cómplice una mujer sin entrañas. Se escapó.

Estuvo tentada de pedir ayuda a su amiga, o sea a Natalia, pero le daba mucha vergüenza y otra vez a la calle, pero entonces se percató del estado en que se encontraba, un ser se estaba formando en sus entrañas, era el premio que recibía de su ligereza y fantasía. Estaba encinta, sin familia ni amigos y en plena calle, en la ciudad donde nadie se preocupa de nadie, y al que no conocen es difícil que encuentre protección. Deambulaba de acá para allá sin rumbo fijo, se encontraba agotada, aquel día no comió nada la bazofia del cuartel no llegó para todos y ella que era de las últimas no le alcanzó el reparto que hacía equitativamente el soldado, un cazo para cada uno. Se marchó resignada pero el hambre y la flaqueza era tal que apenas podía caminar. Se apoyó en la pared para reponer fuerzas, era la pared de una pastelería, cerca el escaparate, donde se exhibían dulces variados, pasteles, merengues, piononos tartas y otros apetitosos y exquisitos dulces. Salió la dependiente y al verla en tal estado, se compadeció, era una buena mujer. Le dijo que no se marchara, y entró al establecimiento volviendo a aparecer a los pocos minutos con una cesta de mimbre de regular tamaño, en ella había dulces y pan y algunos trozos de jamón, algunos dulces ya estaban duros, caducados pero para la desgraciada Amelia, era como el maná llovido del Cielo. Aquello la reconfortó y alimentó varios días. Alguien también compasivo le proporcionó ropa usada y con ella aunque desgastada cubrió sus carnes descubierta por los desgarrones de la que llevaba puesta, y se abrigó del frío que era muy intenso aquel invierno, dormir ya lo sabemos como lo hacía. Cerca de las Cibeles existía unas obras, y allí se refugió de la nieve que tapaba todo el suelo de Madrid, estaba en estado muy avanzado de gestación el embarazo tocaba su fin, estaba tan agotada que no podía más. **"Me ha llegado la hora- decía para sí_ caro estoy pagando el orgullo y la vanidad, mi tontería ¡Ay! Si me hubiese hecho caso de Natalia, pero ya no tengo remedio, mañana o pasado me encontrarán aquí muerta, ya no puedo más, es mejor así, morirá también mi hijo, el mundo es cruel nadie se preocupa de los desvalidos, de los desgraciados, ¡ Dios mío dame ya la muerte"-** Rezaba esperando el final de su vida, pero Dios no quiso dársela entonces, llevaba un ser en sus entrañas y el Creador quiso que viera la luz del mundo terrenal.

Una pareja de guardias urbanos hacían su ronda matinal, estaban recién incorporados al servicio, abrigados con sus capotes de paño, miraban y escrutaban todos los rincones, la misión encomendada era que a todos los indigentes que estuviesen en la calle los trasladaran a algún sitio refugio bien de los improvisados por el ayuntamiento, u otro cualquiera religioso o civil, en Madrid existen varios, No podía dejar morir a las desdichadas personas, bien por humanidad, pues a veces el mundo no es tan inhumano o

tal vez para que los extranjeros no llevaran a su país el desprestigio de que en España se morían la gente de hambre y frío en las calles, que por desgracia en aquellos tiempos sucedía en cualquier ciudad y pueblo, sea como fuere aquellos dos hombres cuando la vieron dijeron.

- **Aquí ya tenemos un servicio que realizar, mira Sánchez-** dijo en que llevaba el mando de la pareja, como está. Y Sánchez casi no pudo contener las lágrimas al ver a aquella joven a punto de dar a luz en tan lamentable estado. Yacía en el frío suelo sin cubrirse con nada, creyeron que estaría muerta, pero le tocaron las manos y vieron que no era el frío de la muerte, arrimaron el oído a su pecho y con alegría comprobaron que su corazón latía.

- **Rápido Sánchez, hay que llevarla al hospital de las Misericordias, es donde la recogerán, si la llevamos a otro nos dirán que la llevemos a ese, así que no perdamos tiempo.-** Y despojándose Sánchez de su capote envolvió a la desdichada con él.

Espera aquí- dijo el veterano que voy a buscar un coche. Y mientras el guardia joven cuidaba de la enferma el otro fue a por un taxi. Entre los tres, taxista y guardias la subieron al coche y la dejaron en manos de la enfermera Luisa y la monja sor Teresa. Luego fue Natalia como sabemos la que dispuso lo que había que hacer con Amelia

21

Muy grave entró la fracasada artista en el hospital de las Misericordias, pero pese a la gravedad Dios le daría fuerzas suficientes para traer a este mundo una hermosa niña, lozana y robusta como había sido su madre. Natalia como no era menos de esperar se volcó en su amiga todo lo que pudo, igual que si fuese su hija o hermana, no lloraba delante de ella pero si lo hacía a escondidas cuando el médico le comunicó que no tenía salvación posible, tenía cirrosis hepática, y doble neumonía pulmonar, enfermedades difícil para aquellos tiempos carente de penicilina y más grave aun en el hospital de los desdichados

Cuando los dolores del parto llegaban, la pobre Amelia carecía de fuerzas para empujar, pero la pericia de aquel médico ginecólogo de primera y buena persona., aun sabiendo que la madre moriría quiso salvar al hijo a toda costa, y se empleó a fondo, como si le pagasen una fortuna por ello, sabiendo que nada iba a percibir nada. Y después de trabajar y emplear toda su ciencia y pericia, sacó viva y sana a la niña de Amelia, fruto del pecado mas necesidad que por pecado, Amelia se entregó a los hombres, desalmados que por una mísera lata de sardina logran aprovecharse del hambre y las necesidades humanas.

Natalia cogió las heladas manos de su amiga y con lágrimas de emoción y pena le presentó al fruto de sus entrañas. Amelia sonrió levemente al ver a su hija luego haciendo un gran esfuerzo mirando a los ojos de la enfermera balbució.

-Na..ta..li..a, me..mu..e...ro.. Que...la hi..ja...que...he...tra...i...do.. al...mun...do.. sea... tu...hi...ja. Se que...tu...la...vas...a...que...rmas que...yo.. Perdo....

No pudo terminar la frase, se quedó inmóvil, abrió los ojos desmesuradamente y con una sonrisa de satisfacción dejó de existir. No sé si existirá el cielo, pero si existe aquella desventurada que tanto sufrió en la tierra seguro que Dios le tenía reservado un rincón.

* * *

Si contenta estaba Natalia con su hija, no menos lo estaba su marido, aquella niña había nacido para borrar la pequeña sombra que empañaba la felicidad completa de Natalia y Arturo. Los dos estaban locos de contentos con la niña.

A la pobre Amelia la enterraron en el cementerio de la Almudena, en un sencillo nicho, todo fue pagado por el feliz matrimonio. Si no hubiese descansado su cuerpo en la fosa común de los desheredados.

La niña crecía bajo la mirada atenta de sus "padres" que la registraron como hija legítima. Chanchullos pero que se hacían y como nuestro amigo gozaba de la simpatía y la gracia de todo el hospital, no le costó nada hacer el chanchullo como si ella la hubiese parido, al fin y al cabo era una acción buena. Sabe Dios donde iría a parar el angelito con el militar y la enfermera estaría en la gloria y así era-. La fiel Pilar nunca se separó de ellos y fue como otra madre para la niña de Amelia, que en honor a su abuela y al hospital donde nació le pusieron por nombre Amelia de las Misericordias. En recuerdo de la que la trajo al mundo.

Arturo no le gustaba Madrid, quería una vida más sosegada, y solicitó el traslado a Badajoz, le gustaba esta pequeña ciudad, así Natalia estaría cerca de sus padres y de su tierra. Y se lo concedieron. Un mes más tarde se instalaron en el cuartel de Menacho y, Natalia en el hospital llamado del 18 de Julio. Visitaban a sus padres casa fines de semana, o cuando no tenían servicio. Misericordias y Juan estaban locos de contento con su nieta y más al llamarse como la abuela, La niña correteaba por los campos frescos de alfalfa y era dichosa con los animales. En la capital se formaba en una escuela de monjas, y aquella familia era muy feliz. Atrás quedó Madrid, y doña Almudena, que no supo nada de su "nieta" y así era mejor, pues el desprecio a la niña era seguro.

Natalia recibía correo de las compañeras de Valencia y Madrid, , donde se alegraban de su "maternidad", y le prometían visitarla algún año, y lo hicieron y lo mismo de Valencia como de Madrid, le llevaron diplomas y placas con su nombre esculpido y su labor realizada por el paso de estos centros de salud

.....
..

Pasaron los años y aquella niña que vino al mundo un día frío y despacible del mes de febrero se hizo mujer, Y se casó con un médico del hospital donde trabajaba su madre. Arturo pasó a la reserva, pero Natalia seguía con sus enfermos.

Estuvieron meditando mucho tiempo, sobre el origen de María de las Misericordias, si decirle la verdad o no, pero la conciencia no los dejaba tranquilos. Y un día armándose de valor, los dos le contaron toda la verdad. María de las Misericordias, escuchó la confesión atentamente y al final del relato las lágrimas mojaron su bello rostro.

-¡Tu eres mi madre! A la que querré con toda mi alma hasta que yo muera y levantándose abrazó a Natalia, luego se fue hacia Arturo y le dijo.

-¡Y tu mi padre, que sois los que me habéis dado la vida criándome.

Natalia recordando a su amiga Amelia y secándole las lágrimas a su hija, les habló de esta manera.

-Sí, nosotros somos tus padres, pero hija no olvides nunca a la que te dio a luz, que estará en el cielo y allí nos encontraremos con ella.

Si madre, también ella sufrió y me trajo al mundo. Quiero saber donde descansa su cuerpo., quiero llevarle flores y rezar por ella.

Y desde aquel día todos los años por los difuntos se desplazan al cementerio madrileño donde una sencilla lápida se puede leer. **Aquí Yace Amelia, que fue muy desdichada...**

La hija quiso quitar aquella lápida vieja y con la inscripción casi borrada y le compro otra con esta sencilla poesía,

**Madre de mi vida/ aunque no te he conocido // eres mi luz y mi dicha/
Sin ti no estaría en el mundo/ Ruega por mí madre mía/ para que un día estemos juntas
En el cielo con María.**

*Luego depositó un ramo de rosas rojas y margaritas blancas con una cinta morada donde se leía **A MI DESCONOCIDA MADRE DE SU HIJA QUE SIEMPRE LA LLEVA EN EL CORAZÓN.** Amelia de las Misericordias*

FIN

Escribí esta novela en el hospital de Clideba de Badajoz durante los 30 días que mi mujer estuvo ingresada debatiéndose entre la vida y la muerte. Se la dedico a todas las mujeres que de una forma u otra, ayudan a los enfermos a que lleven su dolor con resignación y esperanza.

Juan José Hormigo Bautista